

2
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

STEFAN ZWEIG - EROS MATUTINUS



T E S I N A

PARA OBTENER EL TITULO DE

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURA MODERNAS

(LETRAS ALEMANAS)

PRESENTA:

BERTHA MONICA BARRIOS MACIAS



**FILOSOFIA
Y LETRAS
UNAM**

MEXICO, D. F.

1996



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

STEFAN ZWEIG - EROS MATUTINUS

PAG.

INDICE.....	2
INTRODUCCION.....	3
I LA VIENA DE STEFAN ZWEIG.....	5
II LA VIDA DE STEFAN ZWEIG.....	15
III STEFAN ZWEIG EN "EROS MATUTINUS".....	26
IV LA MUJER EN "EROS MATUTINUS" Y OTRAS OBRAS.....	38
CONCLUSIONES.....	47
CITAS.....	49
BIBLIOGRAFIA.....	54
ANEXO.....	55

INTRODUCCION

Al margen de todos los movimientos literarios que hoy podemos considerar característicos de la Europa de principios de siglo, surgieron algunos escritores que, sin pretender formar una tendencia definida, dirigieron sus esfuerzos a difundir algunos elementos de la cultura europea. Stefan Zweig realizó este trabajo, se valió de biografías, recuerdos, entrevistas y narraciones que contienen finos detalles acerca del trato que sostuvo con muy diversas personalidades de su tiempo.

Nacer en Viena a finales del siglo XIX, pertenecer a una familia judeo-burguesa, introducirse en el ambiente literario a temprana edad, ser testigo del esplendor y ocaso del Imperio Austro-Húngaro, vivir con la constante amenaza de la guerra, luchar con la bandera del pacifismo contra la barbarie y sufrir las dificultades del exilio, influyeron en su creación literaria y en su vida privada.

La idea de este trabajo surgió al comparar la autobiografía de Stefan Zweig *Die Welt von Gestern* con su versión en español, y al observar que un capítulo ha sido omitido. El propósito de la tesina no es presentar la traducción de este capítulo: "Eros Matutinus", sino brindar un panorama general de su contenido y

descubrir por qué Stefan Zweig trata con recato el tema del erotismo y la sexualidad. Para tal efecto, la tesina ha sido dividida en cuatro capítulos. En el primero, "La Viena de Stefan Zweig", ofrezco un panorama general de la historia de Viena y del Imperio Austro-Húngaro, hasta la Primera Guerra Mundial que sirve de marco de referencia a la vida y a la obra del escritor, y al carácter único de la cultura vienesa. La historia no se detiene, continúa en el segundo capítulo con sucesos relevantes de la vida del heredero de una cultura agonizante, que finalmente es aniquilado por las presiones de la Segunda Guerra Mundial. Es cierto que la biografía del autor se puede encontrar en cualquier historia de la literatura, en este caso, el capítulo contiene información respaldada y enriquecida con la propia versión del autor, y con aportaciones del escritor Sergio Nudelstejer, entre otros. El tercer capítulo "Stefan Zweig en Eros Matutinus", es la revelación de usos y costumbres de la sociedad vienesa eminentemente victoriana y del despertar de la juventud a la sexualidad. Por una parte centro la atención en la reacción de los jóvenes ante las exigencias del mundo de doble moral y por otra, en el despertar incierto de Zweig a la sexualidad. Finalmente, en el cuarto capítulo "La mujer en Eros Matutinus y en otras obras", destaco el papel de la mujer en la vida y en la obra de Zweig. Sus novelas, escritas antes que "Eros Matutinus", reflejan fielmente la conducta de la sociedad vienesa de fines de siglo XIX y principios del XX, al igual que la postura del escritor ante la injusticia, la intolerancia y la desigualdad de aquella época.

I LA VIENA DE STEFAN ZWEIG

Resulta seductor acercarse al carácter único de la cultura vienesa en el curso de la última parte del siglo pasado y las primeras décadas del presente. Por siglos, Viena fue la antigua ciudad imperial por excelencia, "Die alte Kaiserstadt". Su importancia y su brillo fundamentan su origen en el hecho de haber sido la sede de la dinastía de los Habsburgo. Su destino estuvo siempre ligado al de la corte y al del Imperio del que ella era capital. Hubo un tiempo en el que ese Imperio era el más vasto que el mundo haya conocido jamás, más extendido incluso que el Imperio Romano, del que los Habsburgo se consideraban legítimos herederos. Estos se consideraban los guías del Sacro Imperio Romano de Nación Germánica.¹

En el siglo XVI, uno de ellos, Carlos V (ó Carlos I, como rey de España) podía afirmar con justicia que en su imperio, mismo que rodeaba el globo, no se ponía el sol. Después de su reinado comenzó la lenta declinación de los Habsburgo, más o menos continua hasta las guerras napoleónicas, cuando se agravó. Después del Congreso de Viena, mientras el Emperador y su Nación dominaban de nuevo gran parte del Continente, la ciudad tuvo una vez más conciencia de ser la más importante de Europa.

Todo esto cambió radicalmente con la revolución de 1848 y sus consecuencias. Aún antes de que ella se produjera, los Habsburgo, conscientes de que la situación mundial no era ya la misma y de que el título medieval de "Emperador del Sacro Imperio Romano" había perdido toda significación, lo cambiaron por el de "Emperador de Austria", y después, algunas décadas más tarde, por el de "Emperador de Austria-Hungría", más adecuado a la realidad política. Sin duda, Viena siguió siendo la capital del nuevo Imperio.

Aún reducido, el Imperio era todavía el más importante de Europa. Comprendía parte de la Europa central, buena parte de Italia y parte de Europa oriental. Se trataba de un estado multinacional que incluía más de diez etnias y lenguajes distintos: alemanes, húngaros, eslovenos, búlgaros, rumanos, judíos y rutenos. Su frontera norte era Hilgesdorf, Bohemia del Norte (ex-Checoslovaquia), la del sur Ostrawizza-Berg (ex Yugoslavia), el punto más occidental Rocca d'Angara a orillas del lago Maggiore (en Italia) y el más oriental Chilischeny en la Bucovina (ex-Unión Soviética).²

En el marco de la revolución de 1848 hubo fracciones importantes de la población que fracasaron en su intento por desintegrar el Imperio reclamando la autodeterminación. A lo largo de ese periodo insurreccional, y con la oleada de nacionalismo que lo siguió, las diferentes minorías exigieron la independencia, relativa al principio y definitiva poco después. Estas

tendencias independentistas no conocieron el éxito hasta que concluyó la Primera Guerra Mundial.³

El primero de los terribles golpes que sufrió el Imperio lo asestó en 1859 la pérdida de sus provincias más importantes y avanzadas, es decir, la parte del Norte de Italia, la Lombardía, la Toscana, Florencia, Parma y Modena. Sólo Venecia y Véneto siguieron siendo austriacas. En 1866, después de la guerra entre Prusia y Austria, y de la derrota de esta última en la batalla de Sadowa, Venecia y Véneto también se perdieron y Austria cedió a Prusia su hegemonía, que había durado ya cerca de seiscientos años. Lo peor iba a ocurrir cuatro años más tarde, cuando, después de la derrota aplastante de Francia en 1871, Alemania se unificó bajo la autoridad de Prusia. Pronto Berlín reemplazó a Viena y se transformó en la mayor y más importante de las ciudades alemanas.

El Imperio enfrentó su decadencia de una manera por demás peculiar. Se creía que la situación no era verdaderamente grave y se organizó la Exposición Universal de 1873 en Viena, destinada a atraer la admiración del resto del mundo. Pero, si bien el marco de la exposición y su contenido podrían haber producido el éxito esperado, la perspectiva de las maravillas económicas que se daban por seguras, provocó alocadas especulaciones financieras. Nueve días después de la inauguración de la exposición se produjo un espantoso trastorno bursátil, cuando el "viernes negro", quebraron ciento veinticinco bancos, y

después de eso algunas empresas. Como consecuencia del desastre, siguió una fuerte depresión y la crisis económica provocada por esos sucesos se extendió a toda Europa, repercutiendo hasta en los Estados Unidos de Norte América.

La Exposición Universal de Viena no se repuso jamás de las consecuencias del déficit provocado en gran parte por el auge de la construcción. Una multitud de grandiosos edificios se había levantado a los lados de la Ringstrasse, avenida recién construida alrededor de la ciudad, mucho más fastuosa por la belleza de sus construcciones que los magníficos bulevares abiertos por Hausmann en París. Ahora los edificios modernos de Ringstrasse le conferían a Viena un doble aspecto: El señorío de una vieja capital imperial y la frescura de un centro cultural moderno. Con ella la sociedad se preguntaba hacia dónde dirigirse: ¿Hacia su pasado glorioso, o hacia un futuro orientado al modernismo?

Viena siguió siendo el mayor centro cultural de Europa central y oriental. Atrajo hacia sí a todos aquellos que deseaban dejar atrás el carácter provincial, liberarse de atavismos. La mayoría de los que contribuyeron a hacer de Viena el centro cultural prodigioso que fue en esos años, no había nacido en la ciudad, provenía de provincias más o menos lejanas. Muchos de ellos llegaron a ella de niños. Tal fue el caso de Elías Canetti, Joseph Roth, Sigmund Freud y Theodor Herzl. Otros llegaron a Viena ya adultos, como los músicos Brahms

y Mahler, el pintor Kokoschka, y Hoffmann, el arquitecto moderno más importante de su tiempo. Ellos son una muestra muy limitada pero que sirve de testimonio a la gran fuerza con que Viena atrajo a personalidades muy sensibles en distintos temas de la cultura.

Pero todos los esfuerzos del arte, de la literatura, la música y la pintura en el entresiglo estaban dirigidos a enriquecer a la humanidad. Se trató de ampliar la imagen del mundo, pese a que esta tentativa tuvo lugar sobre un trasfondo esencialmente conservador, casi reaccionario, donde a menudo se exhibió la cara oscura del hombre.

Un rasgo significativo de esa inhumanidad fue el nacionalismo que progresó de manera constante tanto en la capital como en las provincias del estado multinacional. Aparecieron las diferencias religiosas y tras ellas las variantes raciales. Se trató más bien de una cuestión de coincidencia, pues, en parte con justicia, se percibía en las minorías asimiladas a grupos de hombres que buscaban su realización y cuyo éxito superaba, algunas veces ampliamente, al de los residentes.

Si el antisemitismo fue un problema de consecuencias considerables, no fue uno de los muchos que se plantearon ante la monarquía pluriétnica. La cuestión de las nacionalidades, que se manifestaba con igual agudeza, tanto de modo primario como en las capas cultivadas, fue la causa fundamental de la decadencia del Estado Austro-Húngaro, pues nadie había sabido ver que la cohabitación de pueblos diferentes no representaba precisamente la debilidad,

sino la fuerza de ese estado. Se fijaron como tarea, no la tolerancia, sino un combate permanente que culminó en 1918 con la disolución de la monarquía y la constitución de estados nacionales donde persistió la desconfianza de unos y otros. Pues, como consecuencia de la lentitud del proceso, desplegado a lo largo de varias décadas, la gente se había acostumbrado y no sentía inquietudes al respecto.

La burguesía soñaba con un orden social donde el esteticismo refinado tuviera un lugar. Vivía en residencias suntuosas, construidas como palacios, equipadas con lujos. El trabajador soñaba con una época en la que pudiera vender su fuerza de trabajo tan cara como fuera posible.

Había una nobleza en parte afortunada, en parte empobrecida, siempre a la pesca de ayuda financiera y que, en su mayoría, se abandonaba a los placeres, aunque en su seno hubo personalidades de excepción que se consagraron públicamente a las tareas humanitarias. También estaba la burguesía de rostros múltiples, representada sobre todo por los industriales y los grandes comerciantes. Las diferencias entre las clases sociales eran enormes. Las condiciones sanitarias eran las que más dejaban que desear. La esperanza de vida era muy reducida para ciertos grupos sociales. Después de décadas, la tuberculosis, plaga en los medios populares, hacía estragos y afectaba principalmente a los jóvenes. Muchos factores favorecían la enfermedad, pero el hambre y las trágicas condiciones del ambiente contribuyeron notablemente a su desarrollo. Se amontonaban en alojamientos húmedos y mal iluminados, lo que favorecía el peligro de contaminación, aunque a fin de cuentas, las afectadas no fueran solo las clases populares, sino también la nobleza, la

burguesía y el proletariado. La diferencia se hallaba solamente en la posibilidad que se ofrecía a los privilegiados para seguir curas que a veces resultaban efectivas.

Muchas eran las dificultades surgidas en el curso del tiempo sin que se tuviera idea de cómo resolverlas. Tensiones cuyo peligro no se había percibido, no pudieron ser apaciguadas. En realidad poca gente había advertido el peligro. Reinaba un clima de tormenta, y tarde o temprano iba a estallar la situación.

Esa tormenta fue la Primera Guerra Mundial. El asesinato del heredero al trono, Francisco Fernando, sirvió para desterrar los sueños de mucha gente. Pero, en realidad, la sociedad y, sobre todo los dirigentes políticos, no creían en la gravedad de la situación. Se desconocía la propia posición, a la vez que se evaluaban mal las fuerzas propias. La idea según la cual con una expedición punitiva a Serbia se podía eliminar un problema que se había vuelto muy complicado, da prueba de una evidente liviandad de espíritu. El desastre fue total. Al partir, ese optimismo se contagió a los soldados que salieron al frente eufóricos, pensando estar de vuelta en casa hacia la navidad de 1914. Completa ilusión.

En realidad, la guerra no tenía esperanzas. Victorias aquí o allá propiciaron la formación de un criterio muy engañoso sobre la situación. Pronto fue preciso reconocer la realidad. De hecho, algunos espíritus tomaron rápidamente conciencia de ella.

Al principio hubo poca resistencia a los acontecimientos y no fue sino hacia el fin de la guerra que estallaron los conflictos sociales, ligados a la falta creciente de materias primas, de combustibles, a la vez que la carestía se apoderaba de las ciudades. Mientras el hundimiento de la monarquía se anunciaba claramente, Viena, en otro tiempo floreciente, presentaba el aspecto de una ciudad en agonía, manifestamente sin futuro, y con una población sumergida en la más profunda depresión.

Después de la Primera Guerra Mundial, los artistas sobrevivientes y todavía en actividad, tuvieron la impresión de que comenzaba una nueva época y se educaron más o menos bien. Según su naturaleza conservaron o perdieron su aliento, su fuerza creadora heredada del pasado.

Reparar los daños causados por la guerra, ante todo en el tejido social, y remediar la situación de pobreza en la que se encontraban muchos asalariados, tal era la finalidad que se habían fijado los socialdemócratas llegados al poder después de 1918. Era preciso superar la penuria de alojamientos y permitir a la gente de condición modesta habitar en departamentos que cumplieran con las exigencias de la higiene.

Al fin de la Primera Guerra Mundial el antiguo territorio de la monarquía cedió su lugar a los estados nacionales y, aunque los conflictos de nacionalidades cesaron en el seno de la República Austriaca, fueron reemplazados por las luchas entre los diferentes partidos todavía poco familiarizados con la democracia.

Sin duda los problemas eran muchos. Casi nadie creía en la supervivencia de ese estado "austroalemán", como se llamó al principio a ese vestigio de Imperio que habría perdido su unión a Alemania si las cláusulas del tratado de Saint Germain lo hubieran permitido. Los problemas económicos eran particularmente numerosos y apremiantes: El gobierno debía enfrentar una inflación galopante, ya que la revaloración de la moneda fue el primer problema al que se enfrentó el nuevo Estado.

Sólo al principio de la República los grupos políticos más poderosos unieron sus fuerzas para lograr un resultado en común que permitió la instalación de una coalición gubernamental en la que figuraron los socialdemócratas y los socialcristianos. En el seno mismo de la socialdemocracia existían fuerzas listas para el trabajo en común.

En política, tanto como en las ciencias y en las artes, individuos provenientes de la antigua monarquía continuaron trabajando juntos. Los reconocidos y estimados venían prácticamente de todo el Imperio. Esta situación se prolongó más allá de 1918, lo que dejó de tener significado en la vida intelectual de la ciudad que, con motivo de los acontecimientos políticos, había caído en una profunda depresión. Los intelectuales habían conservado ante todo un espíritu cosmopolita capaz de aprehender la situación más allá de sus contingencias locales e inmediatas. Tal fue el caso del escritor Stefan Zweig que a pesar de las dificultades de esos tiempos, defendió junto con otros intelectuales la cultura. Naturalmente, se reanudaron las relaciones en el mundo artístico internacional. Puede ser que se haya pensado que lo que se había hecho hasta allí era erróneo, y que los otros, los pueblos de las potencias victoriosas, estaban en lo cierto. Sin duda ese estado de ánimo cundió en las artes, y los participantes se precipitaron sobre los movimientos artísticos

influyentes en el extranjero. Cada uno trabajó el doble, se entregó con fanatismo a la pasión creadora y obtuvo nuevamente el reconocimiento a su labor intelectual.

El Imperio Austro-Húngaro dejó una herencia importante en el terreno de las letras. A lo largo de cuarenta años la literatura de Europa Central transformó sus circunstancias sociales y sus agonías en poemas, novelas y narraciones de todo tipo. Los escritores nos mostraron un mundo, su mundo donde la dicha era imposible. Karl Kraus, Franz Kafka, Arthur Schnitzler, Joseph Roth, Stefan Zweig, Robert Musil, Hermann Broch y muchos más, revelan la vuelta a la modernidad.

Con muy pocas excepciones la época de esplendor y decadencia del imperio Austro-Húngaro se encuentra representada por el signo de la comunidad judía. Freud, Wittgenstein, Kafka, Broch y Mahler, representan sin duda uno de los períodos más fértiles y más trágicos de la historia de su diáspora. Su obra revela dudas y conflictos de una sociedad ampliamente afectada por la decadencia del Imperio y las contradicciones que surgieron en generaciones subsecuentes. Este Imperio sobrevive en el productivo exilio de muchas de sus víctimas cuyo origen era judío, en obras que revelan la ambivalencia de aquel mundo, dudas y conflictos no resueltos pero planteados y enfrentados en trabajos excepcionales que resultaron ser una aportación valiosa a la trayectoria del pensamiento y la literatura.

En el marco de todos estos artistas y pensadores, cuya contribución a las ideas y a la literatura ha resultado significativa, encontramos la obra de Stefan Zweig.

II LA VIDA DE STEFAN ZWEIG

Hijo de una acaudalada familia judía, Stefan Zweig nació el 28 de noviembre de 1881 en la Viena finisecular. Tuvo una buena educación burguesa y pudo, gracias a su posición económica continuar enriqueciendo su visión del mundo y su personalidad mediante muchos viajes por Europa, Asia y América.

Stefan Zweig estudió filosofía. Sus padres lo dejaron elegir con completa libertad, pues su hijo mayor ya se había incorporado a la empresa industrial paterna y no era necesario que también Stefan lo hiciera. Para ellos tener un hijo con título de doctor en cualquier disciplina acrecentaba el prestigio de la familia.

Daß ich an der Universität studieren sollte,
war im Rate der Familie von je beschlossen
gewesen. Aber für welche Fakultät mich
entscheiden? Meine Eltern liessen mir die
Wahl vollkommen frei. 4

Cosa extraña, la elección le era a Zweig tan indiferente como a sus padres. Ninguna de las carreras ofrecidas tenía interés para él, puesto que ya tiempo atrás se había consagrado a la literatura. Finalmente se decidió por la filosofía, pues le resultaba más fácil que en cualquier otra Facultad eludir la asistencia a los cursos y seminarios. Todo lo que hacía falta era presentar al final del cuarto año una tesis y someterse a un examen único. Se propuso un programa de distribución del tiempo, en el que durante tres años no se ocuparía en absoluto

de los estudios universitarios. Más tarde, en el último año, dominaría la materia escolástica y redactaría su tesis.

Überblicke ich mein Leben, so kann ich mich an
wenige so glückliche Augenblicke erinnern wie
jene ersten dieser Universitätszeit ohne
Universität. 5

Lo primero que hizo fue reunir una selección de sus versos y enviarlos a la Editorial Schuster & Löffler, la casa editora que a la sazón era la más representativa para la poesía lírica alemana. Zweig recibió la agradable noticia de que el editor había resuelto publicar su libro *Silberne Saiten*.

Más tarde se animó a dar otro paso significativo en su carrera literaria. Entregó un pequeño trabajo en prosa a Theodor Herzl, redactor del "folletín" de la *Neue Freie Presse*, un diario de gran difusión en Viena, que gracias a su actitud distinguida, su erfuerzo cultural y su prestigio político, significaba para toda la monarquía austro-húngara más o menos lo mismo que el *Times* para el mundo inglés y el *Temps* para el francés.

Su ensayo fue aceptado y desde ese momento su nombre apareció en las primeras planas del "folletín". Un buen lazo de amistad surgió entre Zweig y Herzl, pero al no querer colaborar Zweig en el movimiento sionista, decepcionó en cierto sentido a quien le había abierto las puertas de la *Neue Freie Presse*.

El joven escritor, lleno de entusiasmo, empezó a causar la admiración de sus compañeros, amigos y hasta familiares. Sus opiniones (que antes no eran del todo aceptadas), empezaron a tener peso en las pláticas familiares, pues ya había incursionado en el recinto sagrado de los viejos y de los dignos.

Die eigentliche Bedeutung meines feierlichen
Einlasses in das Feuilleton der >Neuen Freien
Presse< wirkte sich für mich im Privaten aus.
Ich gewann dadurch eine unerwartete Sicherheit

gegenüber meiner Familie. Meine Eltern befassten
sich wenig mit Literatur und massen sich
keinerlei Urteil an. 6

La atmósfera de Viena empezó a asfixiar a Zweig; los colegas literatos con los que mantenía trato procedían, casi sin excepción, de la misma capa judeoburguesa que él mismo, se sentía "hijo de buena familia", y estaba cansado de la llamada "buena sociedad". Quería conocer nueva gente, otro sitio que no fuera la Viena que ya conocía. Una mañana, de 1902, sorprendió a sus padres con la noticia de que el próximo semestre quería estudiar en Berlín. Para ese entonces su familia sentía gran respeto por él y más aún por la *Neue Freie Presse*, como para no satisfacer su deseo.

Desde luego, Zweig no pensaba ni remotamente "estudiar" en Berlín. Allí lo mismo que en Viena, sólo visitó la Universidad dos veces en el transcurso de un semestre, una para inscribirse, y la segunda vez, para hacerse certificar la presunta asistencia de las aulas. Lo que buscaba en Berlín no eran cátedras ni catedráticos, sino un poco más de libertad.

Le bastaba saber que allí la literatura adoptaba un temperamento más activo, más impulsivo que en Viena, que en Berlín se podía encontrar a poetas de la joven generación; que surgían sin cesar revistas, cabaretes, teatros, en pocas palabras: que allí "pasaba algo". Efectivamente, en Berlín vió y aprendió mucho más de lo que se había imaginado. Todo lo que se había resistido a creer en las novelas realistas, lo encontró en fondas y pequeños cafés que de vez en cuando frecuentaba. Allí estableció relaciones con gente amoral, dudosa y realmente comprometedora. Conducta que contrastaba con la segura comodidad que le proporcionó Viena y lo orilló a buscar nuevos caminos, nuevos riesgos, incluso nuevos personajes para sus historias. En el dibujante E.M. Lilien, hijo de un

pobre tornero ortodoxo de Drohobycs, encontró por primera vez a un judío del Este y, por ende, un judaísmo cuya energía y fanatismo tenaz había ignorado hasta entonces. Un joven ruso le tradujo los pasajes más hermosos de *Los hermanos Karamazov* y una joven sueca le mostró por primera vez cuadros de Munch. De la mañana a la noche, Zweig estaba siempre en compañía de gente nueva, encantado, desengañado y a veces estafado por ella.

Los seis meses que vivió en Berlín fueron el trampolín que lo impulsaría a seguir recorriendo el mundo en busca de experiencias.

Innerlich war mir mein Weg für die nächsten Jahre jetzt klargeworden; viel sehen, viel lernen und dann erst eigentlich beginnen! Nicht mit voreiligen Publikationen vor die Welt treten - erst von der Welt ihr Wesentliches wissen! 7

En Bélgica pasó sus vacaciones de verano y conoció a Emile Verhaeren, el primero de los autores belgas que trató de brindar a Europa lo que Walt Whitman dio a América: la profesión de fe en la época, en el futuro. Zweig decidió traducir la monumental obra poética y los tres dramas en verso de Verhaeren, aun cuando esto significara sacrificar un par de años su propia producción. A partir de ese momento Zweig se asignó una misión moral y entregó su pasión al servicio de una obra ajena.

Und wenn ich heute einen jungen Schriftsteller beraten sollte, der noch seines Weges ungewiss ist, würde ich ihn zu bestimmen suchen, zuerst einem grösseren Werke als Darsteller oder Übertragender zu dienen. In allem aufopfernden Dienen ist für einen Beginnenden mehr Sicherheit als im eigenen Schaffen, und nichts, was man jemals hungebungsvoll geleistet, ist vergebens getan. 8

Gracias a Zweig, el nombre de Emile Verhaeren empezó pronto a ser más

conocido en alemán que en su propia lengua. Los amigos de Verhaeren en el extranjero se fijaron en Zweig y no tardaron en llegar a ser también sus amigos. De esa manera conoció a la escritora sueca Ellen Key, que luchaba en aquellos tiempos por la emancipación de la mujer y que en su libro *El siglo de los niños* señaló con ademán de advertencia, la susceptibilidad del alma de la juventud. Ellen Key introdujo a Zweig en Italia en el círculo literario de Giovanni Cena, y gracias a ella también halló en el noruego Johan Bojer un importante amigo.

La tarea de Zweig en relación a Verhaeren había concluido, ahora debía terminar su carrera universitaria y llevar a su casa el título de doctor en filosofía. Trabajó afanosamente noches enteras en compañía de Erwin Guido Kolbenheyer, un amigo de la juventud, y presentó el examen sin dificultad.

Nun war ich äusserlich frei, und alle die Jahre
bis auf den heutigen Tag haben nur dem -in
unseren Zeiten immer härter werdenden-Kampf
gegolten, innerlich ebenso frei zu bleiben. 9

Después de haber concluido sus estudios, Zweig hizo un viaje a París. Allí también estableció contacto con poetas y personalidades del mundo artístico. Su encuentro más sobresaliente fue con Rilke, de quien tuvo gran influencia.

Wenn ich den teuren Namen Rainer Maria Rilkes,
obwohl es ein deutscher Dichter war, auf das
Blatt der Pariser Tage schreibe, so geschieht
dies, weil ich in Paris am öftesten und besten
mit ihm beisammen gewesen bin und sein Antlitz
wie auf alten Bildern immer vor dem Hintergrund
dieser Stadt abgehoben sehe, die er wie keine
andere geliebt. 10

París, Inglaterra, Italia, España, Bélgica, Holanda; ese viajar, esa vida le había sido agradable y provechosa en muchos aspectos. Pero, al fin y al cabo, necesitaba un punto estable, desde el cual partir y al cual regresar de los viajes. Alquiló pues, una modesta morada en Viena, que no debía ser su domicilio

verdadero, porque la sensación de lo provisorio dominó su vida hasta la Primera Guerra Mundial. En todo cuanto emprendió, se persuadió de que no era lo definitivo, lo verdadero; lo mismo en cuanto a sus trabajos, que sólo consideraba como simples ensayos, que en cuanto a las mujeres con quienes mantenía relaciones amistosas. En esta forma dotó a su juventud de la sensación de no estar comprometida aún hasta el extremo, y a la vez, del deleite, del goce, del gusto ingrátidos. Habiendo llegado a una edad en que otros hacía ya tiempo que estaban casados, tenían hijos, ocupaban posiciones importantes, seguía Zweig considerándose un hombre joven, principiante, que tenía infinito tiempo por delante y vacilaba antes de comprometerse, en cualquier sentido para algo definitivo. En 1912 conoció a la escritora Friderike Maria von Winternitz, decidieron vivir juntos y ocho años más tarde contrajeron matrimonio en Viena.

En 1914 visitó nuevamente a Emile Verhaeren en Bélgica. Regresó a Viena precisamente en el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial, y a partir del 10. de diciembre empezó a trabajar para el Ministerio de Guerra en el Archivo, ya que en todos los reclutamientos militares se le había declarado no apto.

So hielt ich Umsehau nach einer Tätigkeit, wo ich immerhin etwas leisten konnte, ohne hetzerisch tätig zu sein, und der Umstand, dass einer meiner Freunde, ein höherer Offizier, im Kriegsarchiv war, ermöglichte mir, dort eingestellt zu werden. Ich hatte Bibliotheksdienst zu tun, wofür ich durch meine Sprachkenntnisse nützlich war, oder stilistisch manche der für die Öffentlichkeit bestimmten Mitteilungen zu verbessern - gewiss keine ruhmreiche Tätigkeit, wie ich willig eingestehe, aber doch eine, die mir persönlich passender erschien, als einem russischen Bauern ein Bajonett in die Gedärme zu stossen. 11

En la primavera de 1915, la gran defensiva austro-alemana había roto la línea rusa cerca de Tarnow, conquistando a Galizia y Polonia en un solo avance concéntrico. El archivo de guerra quería coleccionar para su biblioteca los originales de todas las proclamas y bandos rusos en territorio austriaco ocupado. Se le pidió a Zweig que se hiciera cargo de esa tarea. Se le extendió un salvoconducto, con el cual podía viajar en cualquier tren militar y moverse libremente. En las ciudades galizianas de Tarnow, Drohobycz y Lemberg fue testigo de la miseria jamás sospechada de la población judía de los ghettos, donde, en una habitación a ras de la tierra o subterránea, vivían ocho, diez y hasta doce personas. Pero lo que más impresionó a Zweig, fue el viajar en los trenes hospitales. Eran simples furgones sin ventanas, con un solo tragaluz e iluminados en su interior con linternas de aceite. A su luz se distinguían primitivas camillas, pegadas unas a otras, en las que yacían, tendidos, hombres agonizantes, sudados, que jadeaban por un poco de aire entre el olor de excremento y yodoformo. En cada uno de los furgones viajaban ya dos o tres muertos, entre los moribundos.

Al concluir su misión, Zweig regresó a Viena, en donde todo parecía estar en orden. La indiferencia de la población, las exageradas notas periodísticas en relación a las pérdidas escasas de las tropas austriacas y las enormes del enemigo, lo hacen reflexionar en cuanto a la mentira de la guerra. Había reconocido al enemigo contra quien debía luchar: el falso heroísmo, que empujaba a los hombres a los sufrimientos y a la muerte: el optimismo de militares y políticos que prometían el triunfo y prolongaban la carnicería. Ante esa situación escribió el drama antibélico *Jeremías* que fue estrenado en 1917

en el Teatro Municipal de Zurich. En esta misma época, viviendo en Suiza entabló una larga amistad con Romain Rolland, otro escritor pacifista. En 1919 regresó a Austria. Salzburgo se convirtió en su residencia adoptiva por espacio de una década y media. En esa ciudad escribió: *Tres maestros* (1920), *Amok* (1922), *Los ojos del hermano eterno* (1922), *La lucha contra el demonio* (1925), *Confusión de sentimientos* (1927), *Momentos estelares de la Humanidad* (1927), *Tres poetas de la vida propia* (1928), y *La curación por el espíritu* (1931), entre otros. Podría decirse que esa fue su época más fecunda como escritor. Al pasar el tiempo, Zweig mismo sintió que las cosas que había dicho o escrito ya no eran algo personal o privado, sino que eran la expresión de las experiencias de toda una generación. Para él, y aún más para sus jóvenes contemporáneos, mucha de su narrativa se había convertido en historia y tomaba un nuevo significado.

En su palacete de Pasching, encontró una excelente situación geográfica, trampolín hacia el mundo, punto de partida para sus numerosos viajes de estudio. Allí recibía a personalidades del mundo intelectual europeo, entre ellos, a Thomas Mann, Arthur Schnitzler y James Joyce. A diferencia de otros escritores, él no tenía que escribir para ganarse la vida, pese a ello se hizo rico escribiendo. La productividad y el éxito económico de Stefan Zweig le sirvieron en gran medida para ayudar a amigos en desgracia y para darse el lujo de coleccionar autógrafos pagando por ellos cantidades a veces exorbitantes. Durante las décadas veinte y treinta, cuando ya había alcanzado fama internacional gracias a la traducción de sus obras a casi cuarenta idiomas, creció su popularidad a través de entrevistas y conferencias transmitidas por

radio. Pero, tal como lo hiciera su padre, rechazó todo honor y todo reconocimiento. Zweig lo recuerda:

Obwohl ungleich repräsentabler und gebildeter als die meisten seiner Kollegen -er spielte ausgezeichnet Klavier, schrieb klar und gut, sprach Französisch und Englisch- hat er beharrlich sich jeder Ehre und jedem Ehrenamt verweigert, zeitlebens keinen Titel, keine Würde angestrebt oder angenommen, wie sie ihm oft in seiner Stellung als Grossindustrieller angeboten wurde. Niemals jemanden um etwas gebeten zu haben, niemals zu >bitte< oder >danke< verpflichtet gewesen zu sein, dieser geheime Stolz bedeutete ihm mehr als jede Ausserlichkeit. 12

En 1934 Zweig decidió abandonar su hogar de Salzburgo. La idea de que se pensara que él tenía armas escondidas en su casa lo ofendió a tal grado, que decidió establecerse en Inglaterra. Lo primero que hizo allí después de su llegada, fue informar a las autoridades de Salzburgo que había abandonado definitivamente su residencia austriaca. Este fue el primer paso que lo separó de su patria obligadamente. En Londres terminó la biografía de María Estuardo. Al año siguiente llevó a cabo un viaje a Brasil y a Argentina donde asistió a la reunión internacional del PEN Club. Vuelto a Europa vivió un tiempo en Italia. Aquellos años fueron para él de difícil adaptación a una crisis interior que afectó también su vida privada. En 1938 se divorció de Friderike para unirse a Elisabeth Charlotte Altmann. En 1940 emigró junto con ella a los Estados Unidos. Se radicó primero en Nueva York y más tarde en New Haven, donde se le veía a menudo trabajar en la biblioteca de la Universidad de Yale. En 1941 viajó a Brasil y se estableció en un pequeño barrio residencial de Petrópolis, donde concluyó su obra autobiográfica que había iniciado en Inglaterra. Poco después escribió *Una partida de ajedrez* cuya idea le fue

sugerida por un libro de ajedrez que adquirió y del cual, junto con su esposa, todas las noches reproducía las jugadas de los grandes maestros. Antes ya había terminado la biografía de Balzac y *Brasil, país del futuro*.

Maestro de la novela psicológica y del ensayo literario, de la amena narración histórica y de biografías noveladas, el traductor que fuera por algunos años el autor más traducido del mundo, perteneció junto con Arthur Schnitzler, Franz Werfel y Joseph Roth, a esa ambivalente simbiosis austrojudía en vías de extinción. Fue durante los sesenta años de su vida representante del intelectualismo y de la conciencia de la Austria tradicional. Sus obras están marcadas por una disposición de ánimo pacifista y humanitaria. Comprometido en primer lugar con el impresionismo vienés y con el neorromanticismo, alcanzó una posición en Europa sobre todo, gracias a sus narraciones biográficas. Les dió una nueva forma gracias a la exposición de situaciones espirituales y sociales. En el sensible análisis psicológico y circunstancial de grandes personalidades, que van desde María Antonieta y Joseph Fouché, pasando por Leon Tolstoi y Fedor Dostoiewsky hasta Honoré de Balzac y Romain Rolland, resulta inigualable Stefan Zweig. Respetuoso de la humanidad, destaca en la mayoría de sus novelas el valor de la vida, la esperanza, el perdón y la concordia. En su ensayo *La desintoxicación moral de Europa* sugiere la eliminación de fronteras tanto geográficas como psicológicas, propone fortalecer los lazos de amistad entre los jóvenes del continente, la convivencia bien orientada y el respeto a los individuos en un planteamiento que no dista mucho del que hoy se propone la Comunidad Europea.

La noticia del estallido de la Segunda Guerra Mundial llegó hasta su refugio de América y le resultó intolerable. Sus libros fueron quemados, muchos de sus correligionarios murieron en los campos de concentración del régimen nacionalsocialista. Por más aprecio que encontró en Brasil, no pudo soportar la destrucción de Europa, su patria espiritual. Ante esa situación, eligió el camino del suicidio junto con su segunda esposa.

Declaração

Ehe ich aus freiem Willen und mit klaren Sinnen aus dem Leben scheidet, drängt es mich, eine letzte Pflicht zu erfüllen: diesem wundervollen Land Brasilien innig zu danken, daß mir und meiner Arbeit so gute und gastliche Rat gegeben. Mit jedem Tage habe ich dies Land mehr lieben gelernt und nirgends hätte ich mir mein Leben lieber vom Grunde aus neu aufgebaut, nachdem die Welt meiner eigenen Sprache für mich untergegangen ist und meine geistige Heimat Europa sich selbst vernichtet. Aber nach dem sechzigsten Jahre bedurfte es besonderer Kräfte, um noch einmal völlig neu zu beginnen. Und die meinen sind durch die langen Jahre heimatlosen Wandern erschöpft. So halte ich es für besser, rechtzeitig und in aufrechter Haltung ein Leben abzuschließen, dem geistige Arbeit immer die lauterste Freude und persönliche Freiheit das höchste Gut dieser Erde gewesen.

Ich grüsse alle meine Freunde! Mögen sie die Morgenröte noch sehen nach der langen Nacht! Ich, allzu Ungeduldiger, gehe ihnen voraus. 13

El 24 de febrero de 1942, dos días después de su muerte, Stefan Zweig y Lotte Altmann fueron sepultados en el cementerio de Petrópolis. El presidente de la Academia de Literatura, Carauta de Souza, dijo las palabras de despedida. Cerca de 4000 personas, entre ellas, el Presidente de Brasil, ministros, escritores, artistas y público en general, acompañaron a Zweig a su última morada. La casa en la que había vivido, fue comprada por el gobierno y convertida en el Museo Zweig.

III STEFAN ZWEIG EN "EROS MATUTINUS"

Cuando Stefan Zweig tenía sesenta años se encontraba exilado en Inglaterra. Lejos de su patria, de sus amigos y de sus libros escribió su obra autobiográfica intitulada *Die Welt von Gestern*. En ella plasmó sus recuerdos del mundo de ayer, del mundo burgués que se derrumbaba a causa de dos guerras mundiales. Según Zweig, más que la historia de su vida, es la historia del mundo en que vivió y de los hombres con quienes le tocó en suerte compartir la existencia. *Die Welt von Gestern* >Erinnerungen eines Europäers<, está integrado por dieciseis capítulos. Los primeros cuatro narran aspectos interesantes de la vida de Viena de fin de siglo, de la vida de la familia Zweig, de los primeros años escolares de Stefan Zweig, de su incierto despertar a la pubertad y de las experiencias de su época de estudiante universitario. Los siguientes cuatro capítulos destacan sus primeros viajes dentro y fuera de Europa y el contacto con escritores, pensadores y artistas de la época. Los cuatro capítulos siguientes ubican al lector en el inicio de la Primera Guerra Mundial, la lucha constante de Zweig por la fraternidad espiritual, su estancia en Suiza y su regreso a Austria en donde permanece algunos años. Los últimos cuatro capítulos hablan de la amenaza de una nueva guerra mundial, del exilio voluntario de Zweig, del ascenso de Hitler al poder, y de la remota esperanza de paz.

"Eros Matutinus", el tercer capítulo de *Die Welt von Gestern*, muestra las condiciones en que los jóvenes de Viena enfrentaban el problema de la aparición del eros en sus vidas. En ese capítulo, Zweig da testimonio de los cambios físicos y psicológicos de él y de sus compañeros, durante una larga y

estrecha convivencia de ocho años de colegio. "Eros Matutinus" es el despertar a la pubertad y al mundo de los adultos de doble moral.

Und wir brauchten nicht lange, um zu entdecken, dass alle jene Autoritäten, denen wir bisher Vertrauen geschenkt, dass Schule, Familie und die öffentliche Moral in diesem einen Punkt der Sexualität sich merkwürdig unaufrichtig gebärdeten und sogar mehr noch: dass sie auch von uns in diesem Belange Heimlichkeit und Hinterhältigkeit forderten. 14

Zweig compara los usos y costumbres en materia de sexualidad de tres épocas. La Edad Media, el siglo diecinueve, y la época en que escribe *Die Welt von gestern* (1940-1941). La Edad Media trató de controlar el problema de la sexualidad con severos castigos aprovechándose del fervor religioso de la población. El siglo diecinueve eminentemente victoriano, se enfrentó a la sexualidad con un sentimiento de inseguridad. Esta no debía precisamente formar parte de la ética, ni mucho menos ser tratada abiertamente. Cualquier forma de expresión del amor contradecía al "buen comportamiento". En la época moderna, Zweig nota cambios radicales en la sociedad. La emancipación de la mujer, el psicoanálisis freudiano, el culto al cuerpo atlético y la libertad de la juventud, rompieron los viejos atavismos del siglo diecinueve. Éste se valía de una serie de instancias que pretendían evitar cualquier contacto entre los jóvenes y el conocimiento de su propia naturaleza.

In diesem Wahn, durch Ignorieren zu temperieren, vereinten sich alle Instanzen zu einem gemeinsamen Boykott durch hermetisches Schweigen. Schule und kirchliche Seelsorge, Salon und Justiz, Zeitung und Buch, Mode und Sitte vermieden prinzipiell jedwede Erwähnung des Problems, und schmähdlicher Weise schloss sich sogar die Wissenschaft, deren eigentliche Aufgabe es doch sein sollte, an alle Probleme gleich und unbefangen heranzutreten, diesem >naturalia sunt turpia> an. 15

Una de esas instancias era la ciencia. A ella se le asignaba la tarea de estudiar con objetividad y parcialidad lo relacionado a la sexualidad. Sin embargo, no se atrevía a revelar el resultado de sus investigaciones. Ya algunos médicos especializados en enfermedades nerviosas conocían el origen de enfermedades histéricas, pero no era el momento de mostrar a la luz pública sus descubrimientos.

Man lese bei Freud nach, wie selbst sein
verehrter Lehrer Charcot ihm privatim
gestand, dass er die wahre Causa wohl kenne,
nie aber öffentlich verlautbart habe. 16

En el siglo diecinueve, la literatura sufrió también un retroceso en relación con el tema de la sexualidad. Como apunta Zweig, la libertad de la que algunos escritores de siglos anteriores como Defoe, Abbé Prévost, Fielding y Rétif de la Bretonne gozaron, se vio coartada en ese siglo intolerante. Los escritores debían ser muy cuidadosos con lo que escribían. Si alguno de ellos trataba el tema de la prostitución, disfrazaba a la dama en cuestión para que no se ofendiera la moral pública.

Selbst wenn ein Schriftsteller kühn die
Prostitution erwähnte, so glaubte er sie
veredeln zu müssen und parfümierte die
Heldin zur >Kameliendame<. 17

Las obras de Dickens, Thackeray, Gottfried Keller y Björnson muestran la manera en que los jóvenes de esa época hacían preguntas y de qué forma obtenían respuestas sublimadas. Por otro lado, la literatura pornográfica y las revistas "picantes" iban ganando terreno día a

día, sobre todo entre los jóvenes.

La moda jugó un papel determinante en la sexualidad de la sociedad Vienesa de fin de siglo. Tanto el hombre como la mujer tenían que someterse a sus caprichos. En el caso concreto de las "damas" de la burguesía, éstas participaban junto con sus doncellas en el ritual diario de vestirse y desvestirse con una cantidad impresionante de prendas y accesorios que por un lado ocultaban sus formas de la cintura para abajo, entorpecían sus movimientos y por otro, acentuaban de manera ostentosa (con ayuda del corset), la cintura y el busto, símbolos de la feminidad. El cabello largo, peinado en formas caprichosas era un atributo más de la mujer de esa época. La moda masculina por su parte, obligaba a los hombres a vestir incómodos trajes que les daban una apariencia de rigidez. El sombrero de copa era complemento del traje y la presencia del bigote y la barba eran símbolo de la masculinidad. La moda determinaba el

comportamiento de ambos sexos. La delicadeza, los constantes desmayos de las mujeres causados por el corset, y la imposibilidad de valerse por ellas mismas en su diario arreglo personal, provocaba un carácter dependiente, frágil y vulnerable. Pero sobre todo, desde el momento en que la mujer se sometía a los sacrificios que la moda exigía, aceptaba su condición de mujer sumisa, obediente, respetuosa de las normas sociales. Con ello recibía la aprobación del sexo opuesto, mismo que con su rigidez, su actitud conquistadora y agresiva se colocaba en un plano superior.

Überbetont war das sogenannte starke Geschlecht gegenüber dem schwachen Geschlecht auch in der Haltung, die man von ihm verlangte, der Mann forsch ritterlich und aggressiv, die Frau scheu, schüchtern und defensiv, Jäger und Beute, statt gleich und gleich. 18

El comportamiento de las jóvenes era vigilado constantemente. Los modales, amistades, educación y la moda eran impuestos por la tendencia moral de esa época, cuya única preocupación era el ocultamiento y el encubrimiento de todo indicio de sexualidad.

Im freien Meer quälten sie sich mühsam vorwärts in schweren Kostümen, bekleidet vom Hals bis zur Ferse, in den Pensionaten und Klöstern mussten die jungen Mädchen, um zu vergessen, dass sie einen Körper besaßen, sogar ihr häusliches Bad in langen, weissen Hemden nehmen. 19

En cuanto a la moda en el deporte, la práctica de éste obligaba a las mujeres a vestir incómodos trajes. La censura estaba a la orden del día. Si una mujer se atrevía a usar pantalones era criticada y reprimida por sus faltas a la moral. Y qué decir de aquella que decidiera pasear en bicicleta o cabalgar en montura de caballero, de inmediato era objeto de insultos y amenazas.

Por otra parte, era clara la desventaja en la que se encontraban las jóvenes de la Viena finisecular sobre todo, aquellas pertenecientes a la burguesía. Vivían en un ambiente esterilizado, sin libertad, sujetas a las órdenes de la familia, de la iglesia y de la sociedad. De ninguna manera se les permitía ejercer su vida sexual, a menos que estuvieran casadas. Aunque parezca absurdo, se pensaba que la mujer no tenía ningún impulso sexual. El único camino hacia la sexualidad en la sociedad burguesa era el matrimonio.

Es wurde also in der vorfreudianischen Zeit die Vereinbarung als Axiom durchgesetzt, dass ein weibliches Wesen keinerlei körperliches Verlangen habe, solange es nicht vom Manne geweckt werde, was aber selbstverständlich offiziell nur in der Ehe erlaubt war. 20

Según Zweig, las jóvenes de sociedad eran más ingenuas que las del

proletariado y las del campo. La estricta educación que recibían, la custodia constante de la chaperona, la comodidad y seguridad de su mundo evitaban a toda costa riesgos y peligros. Aunque no se descarta la posibilidad de que a pesar del estricto control al que estaban sujetas, se las ingeniaran para concertar alguna cita o para aparentar un encuentro "casual" con un hombre. Zweig compara a estas jóvenes con las de su actualidad, la diferencia entre ellas era considerable, sobre todo por su actitud frágil, delicada y vulnerable.

Sie waren mehr Mädchen, als die Mädchen es heute sind, und weniger Frauen, in ihrem Wesen der exotischen Zartheit von Treibhauspflanzen ähnlich, die im Glashaus in einer künstlich überwärmten Atmosphäre und geschützt vor jedem bösen Windhauch aufgezogen werden. 21

Como consecuencia del exagerado pudor de la época, surgió en los jóvenes varones la curiosidad. En la casa, en la escuela y en la Iglesia los caminos estaban cerrados. Existían entonces otros medios para satisfacer esa curiosidad y para dar solución a sus problemas. Entre los jóvenes se formó una tácita alianza y se inició el descubrimiento de nuevas experiencias.

Vom ersten Tag unseres Erwachens fühlten wir instinktiv, dass mit ihrem Verschweigen und Verdecken diese unehrliche Moral uns etwas nehmen wollte, was rechtens unserem Alter zugehörte und dass sie unseren Willen zur Ehrlichkeit aufopferte einer längst unwahr gewordenen Konvention. 22

Algunos padres de familia conscientes de los cambios que sufrían sus hijos varones, se preocupaban por iniciarlos en el terreno sexual, recurriendo en primera instancia al médico

familiar, quien era la persona indicada en informar científicamente sobre la anatomía, fisiología e higiene del cuerpo masculino, y de los riesgos, infecciones y enfermedades sexuales. Otros utilizaban medios alternativos como el contratar a una sirvienta cuya tarea (además de las domésticas) era introducir al joven en cuestión, en el amor. También existía la posibilidad de adquirir para el hijo su propio apartamento de soltero y proveerlo de todo lo necesario para la práctica de la vida sexual. Pero claro está que no todos los jóvenes tenían la suerte de que sus padres se preocuparan por ellos. Muchos tenían que resolver sus problemas por su propia cuenta. Enfrentarse a una serie de obstáculos que dificultaban la resolución de los mismos. Uno de esos obstáculos era su falta de madurez. Ningún padre de familia burguesa permitiría que su hija contrajera matrimonio con un adolescente carente de experiencia y de un patrimonio digno. Por lo tanto, éste tenía que esperar algunos años hasta poder ser capaz de merecer a la hija. Las jóvenes irremediabilmente aceptaban su destino. Los varones por su cuenta aceptaban la limitación, pero desde luego resolvían sus asuntos íntimos recurriendo a una gama de posibilidades que ofrecían otras clases sociales. Meseras, bailarinas, empleadas, cantantes y prostitutas, todas ellas dispuestas a participar en el juego donde predominaba, según Zweig, más el sexo que el amor. Esas relaciones no tenían fines matrimoniales.

Dann gab es allenfalls noch die Möglichkeit der Beziehung zu einem jener amphibischen Wesen, die halb ausserhalb, halb innerhalb der Gesellschaft standen, Schauspielerinnen, Tänzerinnen, Künstlerinnen, den einzig >emanzipierten< Frauen jener Zeit. 23

La prostitución en Europa hasta la Primera Guerra Mundial, creció a un nivel

alarmante. Zweig compara este fenómeno con un ejército. Las prostitutas de más bajo nivel eran el equivalente a la artillería. Vivían en barrios debidamente delimitados y brindaban servicio permanente. El segundo nivel correspondía al de la prostitución en las calles y equivalía a la caballería. A estas mujeres se les conocía como "Strichmädchen", ya que la policía las identificaba marcando una señal poco visible en la acera donde transitaban. Las condiciones en que trabajaban eran severas, muchas de ellas no soportaban las inclemencias del tiempo y su destino era el hospital. Otro nivel de prostitución era el que se ofrecía en los burdeles. Las mujeres que trabajaban ahí corrían con mayor suerte que las anteriores. Gozaban de ciertos privilegios, comodidades y ventajas. No tenían necesidad de salir a buscar a los clientes, ellos mismos llegaban hasta esos lugares. Eran los mismos que se escandalizaban cuando una mujer vestía pantalones, y en cambio se enloquecía con la ropa ligera y glamorosa de las prostitutas. Esas personas eran miembros de un mundo de doble moral que sacaba provecho de la situación.

Dieselbe Welt, die so pathetisch die Reinheit
der Frau verteidigte, duldete diesen grauenhaften
Selbstverkauf, organisierte ihn und profitierte
sogar daran. 24

Los riesgos que corrían tanto hombres como mujeres eran grandes. Las enfermedades venéreas proliferaban sobre todo entre los militares y entre los habitantes de las grandes ciudades. Zweig recuerda a varios campañeros de escuela, envueltos en penosas situaciones: Algunos descubrían que estaban infectados y decidían quitarse la vida antes de ser descubiertos, otros se sentían acorralados ante un embarazo no deseado o ante la amenaza de un aborto. También era común que se perdiera la cartera en algún burdel y que difícilmente se recuperara. Todos esos jóvenes tenían que ser solidarios entre

ellos mismos y aprender a causa de los errores ajenos y de los propios.

Zweig estaba convencido de que las nuevas generaciones vivían de una manera más consciente su juventud. Aunque también consideraba las libertades que los jóvenes de su época disfrutaron. En ese entonces era más fácil viajar, no había necesidad de poseer pasaporte, a nadie le interesaba la nacionalidad ni la religión. Se tenía mayor libertad de movimiento y de expresión artística, siempre y cuando ésta no sobrepasara los límites de la moral.

Wir konnten ungestörter unserer Kunst, unseren
geistigen Neigungen uns hingeben, die private
Existenz individueller, persönlicher ausformen.
Wir vermochten kosmopolitisch zu leben, die
ganze Welt stand uns offen. 25

Considero oportuna la alusión que el autor hace a la Edad Media y reconozca que la sociedad vienesa finisecular seguía actuando de manera equivocada. Aunque claro está, la sociedad de la Edad Media se apoyaba en su exagerado fervor religioso, mientras que el victoriano siglo diecinueve se caracterizaba por su moral de instintos reprimidos. De nada servía entonces enorgullecerse de los adelantos científicos, de la relativa "seguridad de su mundo de ayer", del esplendor de un Imperio, si en lo referente a derechos humanos poco se había avanzado. Sin embargo, cuando Stefan Zweig escribe "Eros Matutinus", reconoce cambios en la actitud de la sociedad. Con satisfacción celebra el hecho de que los jóvenes disfrutaran más de la vida. Ve en ellos la camaradería, la igualdad, y la libertad en el amor, que en sus tiempos no gozaron los de su generación.

Sehe ich heute die jungen Menschen aus ihren
Schulen, aus ihren Colleges mit heller,
erlobener Stirn, mit heiteren Gesichtern
kommen, sehe ich sie beisammen, Burschen und
Mädchen, in freier, unbekümmerter Kameradschaft,
ohne falsche Scheu und Scham in Studium, Sport
und Spiel, auf Skiern über den Schnee sausend,

im Schwimmbad antikisch frei miteinander wetteifernd, im Auto zu zweit durch das Land saugend, in allen Formen gesunden, unbekümmerten Lebens ohne jede innere und äussere Belastung verschwistert, dann scheint mir jedesmal, als stünden nicht vierzig, sondern tausend Jahre zwischen ihnen und uns, die wir, um Liebe zu gewähren, Liebe zu empfangen, immer Schatten suchen mussten und Versteck. 26

Stefan Zweig hace una recapitulación de la vida de muchos jóvenes y quizá de la suya. Es claro que en "Eros Matutinus" se reservó el derecho de contar su historia, de aportar elementos que pudieran acercarnos más a él. Sigue después de muchos años, en la misma postura callada y silenciosa de su época. No habla de sí mismo, no dice nada en concreto de su experiencia personal, no brinda elementos que revelen su despertar a la sexualidad. Acaso el capítulo anterior a "Eros Matutinus" ofrece una pequeña luz en el camino. En "Die Schule im vorigen Jahrhundert" Zweig expresa abiertamente su falta de interés en cuestiones de sexualidad. No hay nada más que llame su atención en su adolescencia que la literatura y el arte.

Denn jeder Heller unseres Taschengeldes ging auf für Theater, Konzerte oder Bücher, und anderseits legten wir wenig Gewicht darauf, den jungen Mädchen zu gefallen, wir, die wir doch höheren Instanzen zu imponieren gedachten. Mit jungen Mädchen spazierenzugehen, schien uns verlorene Zeit, da wir in unserer intellektuellen Arroganz das andere Geschlecht von vornherein für geistig minderwertig hielten und unsere kostbaren Stunden nicht mit flachem Geschwätz vertun wollten. 27

Su pasión por la literatura, por saber más, lo distancia de los problemas por los que los jóvenes tarde o temprano tienen que pasar. Bien sabe que sus

conocimientos literarios son considerables, que a la edad de diecisiete años no sólo conoce ya todos los poemas de Baudelaire y Walt Whitman, sino que se sabe de memoria los elementos esenciales de ellos y opina que en todo el resto de su vida no ha vuelto a leer tan intensamente como en los días de colegio y más tarde de universidad.

El hábito de la lectura, que surge como una moda entre compañeros de bachillerato, se convierte poco a poco en una verdadera pasión. Surge entonces su admiración por Hugo von Hofmannsthal y trata de imitarlo. En ese personaje la juventud ve la más alta perfección poética en la imagen de un ser de casi su misma edad y con ello realizadas sus máximas ambiciones. Zweig sabe que está muy lejos de parecerse a Hofmannsthal y que difícilmente alguien podría igualarlo. También sabe que su generación fue contagiada por la literatura, que el fenómeno no se dio solamente en un pequeño grupo de amistades y compañeros de escuela, sino en toda la juventud de la Viena finisecular.

En cuanto al deporte, Zweig no siente ningún interés por él, incluso podría decirse que lo desprecia. Considera la actividad física como otra manera de perder el tiempo.

Mit dreizehn Jahren, als jene intellektuell-literarische Infektion bei mir begann, stellte ich das Eislaufen ein, verwandte das von den Eltern mir für eine Tanzstunde zugebilligte Geld für Bücher, mit achtzehn konnte ich noch nicht schwimmen, nicht tanzen, nicht Tennis spielen; noch heute kann ich weder radfahren noch chauffieren, und in sportlichen Dingen vermag jeder Zehnjährige mich zu beschämen. 28

Con sus comentarios nos da cuenta de una peculiar manera de ser, de un especial alejamiento de lo que la mayoría de sus compañeros hace. Se desliga de las cosas que de manera tan

natural la mayoría practica. Una parte de su vida se encuentra así completamente descuidada. Se niega la oportunidad del ejercicio físico y con ella la de la competencia y el reconocimiento de sus limitaciones. No se expone, prefiere estar cubierto al cálido abrigo de la lectura, en vez de someterse a los rigores del clima o a los rayos del sol. Si en materia deportiva Zweig se encuentra en desventaja, en el campo de las relaciones humanas y en concreto con las jóvenes de su edad, muestra una marcada inexperiencia.

Zweig sabe que necesitó años, decenios, para encontrar el equilibrio perdido y remediar un tanto el inevitable desmaño físico. En conjunto, no se arrepiente nunca de su fanatismo por la literatura, de esa manera de vivir con los ojos y con los nervios en sus tiempos de bachiller. Esa escuela hizo brotar en él una pasión espiritual que nunca echaría de menos, ya que todo lo que conoció se asienta sobre el fundamento de lo que leyó en aquellos años de la formación de la personalidad.

IV LA MUJER EN "EROS MATUTINUS" Y EN OTRAS OBRAS

La mujer de sociedad debía ser inocente, candorosa, delicada y pudorosa. Llegado el momento, sería su esposo el encargado de despertar en ella emociones e instintos nunca antes conocidos. El hombre por su parte, no esperaba hasta llegar al matrimonio para iniciar su vida sexual. Frecuentaba lugares donde las mujeres se preocupaban muy poco por comportarse como "damas", o seducía deliberadamente a jóvenes inexpertas, rechazándolas en el momento que escuchaba la palabra matrimonio. Ejemplo claro de esa situación es la novela de Heinrich Mann *Der Untertan* que destaca el cobarde proceder del seductor.

Mein moralisches Empfinden verbietet mir,
ein Mädchen zu heiraten, das mir seine
Reinheit nicht mit in die Ehe bringt. 29

Stefan Zweig se refiere en "Eros Matutinus" a la figura femenina sujeta a los caprichos de una sociedad eminentemente machista. Habla de las mujeres "intocables", las que pertenecían a la aristocracia o a la burguesía, y que eran custodiadas, protegidas y educadas para llegar a ser unas "damas". Se les instruía, se les iniciaba en el terreno del arte, se les brindaba todo lo necesario para que ocuparan dignamente sus puestos de esposas perfectas y madres ejemplares, se les ocultaba todo lo que tenía que ver con el sexo opuesto y con su propio sexo. Debían llegar al matrimonio no sólo puras de cuerpo sino también de alma.

Aber so wollte die Gesellschaft von damals das junge Mädchen, töricht und unbelehrt, wohlgezogen und ahnungslos, neugierig und schamhaft, unsicher und unpraktisch, und durch diese lebensfremde Erziehung von vornherein bestimmt, in der Ehe dann willenlos vom Manne geformt und geführt zu werden. Die Sitte schien sie zu behüten als das Sinnbild ihres geheimsten Ideals, als das Symbol der weiblichen Sittsamkeit, der Jungfräulichkeit, der Unirdischkeit. 30

El hecho de mantenerlas ignorantes de su propia sexualidad, no perseguía otro fin que el evitar que ellas buscaran los medios para ejercerla, tal como hacían los hombres. Con el fin de protegerlas de los peligros de la calle, no se les dejaba un momento solas. Debían ir acompañadas por sus institutrices a la escuela, a la clase de baile, a la de música. Cada libro que llegaba a sus manos era controlado. Se

les veía constantemente ocupadas en una serie de actividades que las desviaba de los "malos pensamientos". Saber cantar y tocar el piano, aprender idiomas, historia del arte e historia de la literatura, era su única preocupación. La familia era quien decidía lo que debían saber, la conducta que debían seguir, el hombre con el que debían casarse, y las amistades que debían frecuentar. Estaban acostumbradas a toda clase de comodidades, lujos y protección, que las hacía vivir en una atmósfera esterilizada y sin peligros. El desconocimiento de su sexualidad y la del hombre las enfrentaba en algunos casos a conflictos que hoy en día parecerían graciosos. Stefan Zweig recuerda a una de sus tías quien vivió una desagradable experiencia la noche de su boda, a causa de la ignorancia de las exigencias del matrimonio.

Noch heute amüsiert mich die groteske Geschichte einer Tante von mir, die in ihrer Hochzeitsnacht um ein Uhr morgens plötzlich wieder in der Wohnung ihrer Eltern erschien und Sturm läutete, sie wolle den grässlichen Menschen nie mehr sehen, mit dem man sie verheiratet habe, er sei ein Wahnsinniger und ein Unhold, denn er habe allen Ernstes versucht, sie zu entkleiden. Nur mit Mühe habe sie sich vor diesem sichtbar krankhaften Verlangen retten können. 31

No todas las mujeres burguesas tenían la "fortuna" de casarse. Algunas tenían veinticinco, treinta ó más años y conservaban su ingenuidad, su pureza y soltería hasta el fin de sus vidas. A pesar de su edad, la familia y la costumbre esperaban de ellas un "buen" comportamiento. La sociedad hacía mofa de esas mujeres. En vez de reconocer la tragedia en que vivían, se burlaba de ellas sin tomar en cuenta el sacrificio que hacían al renunciar al amor, a las exigencias de su naturaleza y a la maternidad. Todo lo anterior por conservar el prestigio y buen nombre de la familia.

Como Zweig apunta, la sociedad finisecular vivía una doble moral. Los hombres tenían la posibilidad de ejercer su vida sexual, recurriendo a otro grupo menos afortunado de mujeres. Zweig las llama >Unterhaserl< >conejitas secundarias<, término que equivaldría al de >süsse Mädels< >muchachas dulces< de Arthur Schnitzler. Las prostitutas, algunas meseras, empleadas, sirvientas, bailarinas, actrices y cantantes, satisfacían las necesidades sexuales de los hombres. Como se menciona en el capítulo anterior de la tesina, la prostitución antes de la Primera Guerra Mundial había crecido de manera alarmante. Ante este fenómeno se podía contratar los servicios de una prostituta con menos dinero que con el que se compraba un paquete de cigarrillos o un periódico. El Estado no ignoraba esta situación

proporcionaba un carnet de identificación y la obligaba a asistir dos veces a la semana a una revisión médica con el fin de evitar la propagación de enfermedades venéreas. A excepción de lo anterior, le negaba cualquier clase de garantía y protección. Si un cliente se negaba a pagar por los servicios recibidos, no había instancia alguna a la que pudiera recurrir para denunciarlo. Las más afortunadas dentro del mundo de la prostitución eran algunas cantantes, bailarinas y actrices. No tenían necesidad de poseer el carnet de identificación, de someterse a la revisión médica, ni de buscar a sus clientes, ya que ellos mismos sabían (gracias a los diarios) en qué espectáculos se les podía ver. Se les consideraba parte de la "sociedad", pues gozaban de los privilegios y la protección de la aristocracia y de la burguesía.

Die grossen Demimondaines wurden sogar in der Zeitung in dem Bericht über das Trabrennen oder Derby unter den prominenten Anwesenden genannt, weil sie eben schon selbst zur >Gesellschaft< gehörten. 32

Según Zweig, estas mujeres eran las únicas "emancipadas" de su época. Podían hacer y ganar prácticamente lo que quisieran. Una bailarina en Viena que se dedicaba a la prostitución, ganaba doscientas coronas en una hora. Una mujer de la calle percibía dos coronas por la misma actividad y durante el mismo tiempo, exponiéndose a peligros de toda índole. Stefan Zweig retrata fielmente las condiciones deprimentes en las que vivían las prostitutas ambulantes. Reconoce en la sociedad signos de indiferencia e inhumanidad frente a las difíciles circunstancias por las que atravesaba ese grupo.

Und alle Städte erscheinen mir heute schöner und
 humaner, seit diese Scharen hungriger, unfroher
 Frauen nicht mehr die Strassen bevölkern, die
 ohne Lust Lust feilboten und bei ihrem endlosen
 Wandern von einer Ecke zur andern schliesslich
 doch alle denselben unvermeidlichen Weg gingen:
 den Weg ins Spital. 33

Algunas personas aprovechaban el auge de la prostitución. Instalaban casas de citas, organizaban encuentros, chantajeaban a jóvenes inexpertos y sobre todo, ante el inminente "peligro de infección" ofrecían remedios que pocas veces resultaban efectivos. El índice de muertes por enfermedad o por suicidio iba en aumento. El contagio llegaba incluso a mujeres que habían sido cuidadas durante su infancia y juventud para llegar sanas al matrimonio. Estas mujeres eran afectadas doblemente: se les ofrecía un mundo sin peligros y súbitamente se les mostraba la cara oscura de ese mundo controlado por los hombres.

Zweig escribió historias en donde la mujer (pese al alto concepto de la moral de la época), sucumbe a las tentaciones. La protagonista se ve envuelta en encrucijadas, en situaciones extremas que parecen no tener solución. Su conducta a los ojos de la sociedad es intolerable e imperdonable, a los ojos de Zweig es justificable. El amor, la ingenuidad, la juventud, la inexperiencia, la soledad, la represión y el desamor son motivos que orillan a la mujer a actuar en forma "equivocada". Zweig sitúa a la mujer en el papel de víctima, revela sus angustias, mueve las fibras internas del lector y critica a las personas (tanto hombres como mujeres) que mantienen ese sistema de injusticias.

Es conveniente hacer mención de algunas novelas de Stefan Zweig que fueron escritas antes que "Eros Matutinus" y que reflejan situaciones parecidas a las que el autor presenta en ese capítulo. El éxito de esas novelas se debe

probablemente a que Zweig brindaba soluciones a los conflictos que la vida misma les negaba.

Carta de una desconocida es quizá una de sus más bellas y conmovedoras novelas. La protagonista se ve envuelta en un amor platónico, un amor imposible que termina con la vida de ella y la de su hijo. A raíz de la muerte de éste, decide enviar una carta a un escritor famoso. Le informa de la existencia de ese hijo que es de él, de todos los medios de que se valió para seguir sus pasos, de los encuentros ocasionales con ella (que él no recuerda), y de sus relaciones con otros hombres para poder brindar a su hijo una vida sin carencias. La jóven tiene la oportunidad de contraer matrimonio con alguno de sus protectores, sin embargo, ella, fiel al amor que siente por el escritor, rechaza varias veces la propuesta. Tiene la esperanza de que un día pueda unir su destino al hombre que ama. El final trágico de la historia es inminente, sin embargo, Zweig brinda una última oportunidad de encuentro, cuando el escritor termina la lectura de la carta y siente que la muerte está próxima. Pero la muerte es la misma persona que ha escrito la carta y ha venido por él.

En *Miedo*, Zweig presenta a una mujer involucrada sentimentalmente con un joven pianista. Está casada, tiene dos hijos, un marido ejemplar y una vida llena de comodidades. Sin darse cuenta de las consecuencias de su infidelidad, se entrega a esa relación. Su esposo la descubre y contrata una actriz para que haga el papel de amante del pianista y chantajée a su esposa a tal grado que no tenga dinero ni salida, y por consecuencia se aleje del pianista ante el inminente peligro de ser descubierta. Todo parece marchar de acuerdo con el plan del esposo, hasta el momento en que la situación llega tan lejos que su mujer al sentirse acorralada piensa en la idea del suicidio como única salida. Afortunadamente el esposo llega en el momento en que ella decide ingerir un

medicamento e impide que se quite la vida explicándole todo lo que sabe y lo que hizo para alejarla del pianista.

En *Ardiente secreto* y *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, las circunstancias son parecidas. Las protagonistas ante el aburrimiento de la comodidad de sus vidas y ante la insatisfacción de sus matrimonios, se dejan llevar por sus instintos y se involucran con hombres vividores que desde el primer momento de sus encuentros se aprovechan de ellas. Finalmente Zweig soluciona el conflicto, las perdona y les brinda la oportunidad de enmendar sus faltas y corregir sus errores.

La institutriz es un ejemplo del peligro al que se exponían algunas mujeres que trabajaban en casas de familias burguesas. La joven en cuestión es seducida por el sobrino de la familia con la que trabaja. La institutriz queda embarazada, sola, desprotegida y desempleada, ya que el causante de sus problemas huye sin dejar rastro. La familia no se muestra compasiva con la joven y la despide de inmediato sin ningún remordimiento. *Carta de una desconocida*, *Miedo*, *Ardiente secreto*, *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* y *La institutriz* son amores ilícitos, amores imposibles que revelan el alma vulnerable, tierna y frágil de la mujer. Zweig conocía el alma humana, estaba convencido de que hombre y mujer merecían ser tratados como iguales y que las fronteras (no sólo las geográficas, sino las corporales y mentales) eran las que los alejaban. El nuevo siglo había empezado a aceptar esa idea. La moda y las costumbres tendían a ser más libres, más abiertas. La figura femenina había perdido su apariencia artificial y se había vuelto más agradable a la vista.

Die Frauen scheinen mir schöner, seit ihnen
erlaubt ist, ihre Formen frei zu zeigen, ihr
Gang aufrechter, ihre Augen heller, ihr
Gespräch unkünstlicher. 34

Sin embargo, a pesar de que Stefan Zweig en "Eros Matutinus" celebra con entusiasmo los avances del nuevo siglo en materia de usos y costumbres, olvida hablar de los cambios que sufrió la mujer de clase baja. Su atención se centra básicamente en la de la "alta sociedad", que vivió mucho tiempo reprimida y que empezaba a disfrutar de una libertad disfrazada. Zweig supone que con el hecho de que se le permitiera pasear libremente por las calles sin la compañía de su chaperona, practicara deportes al aire libre, se expusiera a los rayos del sol con ropa más ligera, visitara lugares públicos y se sometiera a las nuevas tendencias de la moda, podría dar respuesta a sus dudas y solucionaría sus conflictos de índole sexual. La modernidad ofrecía cambios básicamente externos. No era fácil que la mujer de sociedad se librara de prejuicios y atavismos de la noche a la mañana. En tal caso, las mujeres de otros niveles sociales gozaban ya tiempo atrás de mayores libertades. En el campo por ejemplo, era común ver parejas de jóvenes viviendo juntos sin estar casados. Lo mismo sucedía en las grandes ciudades entre el proletariado. Algunas meseras, cantantes, actrices, bailarinas y prostitutas se relacionaban con hombres de todos niveles y, por cuestiones económicas y por la naturaleza de sus trabajos, vestían ropas más ligeras, cómodas, y reveladoras que las que usaban las de la burguesía. Zweig apunta que las ciudades le parecen más bellas y humanas desde el momento en que ya no ve deambular por las calles a prostitutas de aspecto deprimente. No aclara la razón por la que éstas desaparecieron, ni mucho menos si su suerte cambió. Zweig creció en un círculo cerrado, estrecho. Desde pequeño, mediante la observación discreta, casi imperceptible de su núcleo familiar, fue testigo de las convenciones y limitaciones de su mundo burgués. Pudo constatar, quizá con su madre, con sus tías y con otras mujeres de su clase, lo que significaba pertenecer a ese grupo.

En la madurez de su vida Zweig tiene la fortuna de ver caer poco a poco los viejos atavismos de la sociedad vienesa. Demasiado tarde para algunas mujeres que no pudieron ser partícipes de ese evento y cuyo único consuelo habría sido la esperanza de un mundo justo y tolerante.

CONCLUSIONES

El ocaso del Imperio Austro-húngaro, significa para Stefan Zweig el fin de su mundo de "la seguridad". A partir de ese momento, pelagra no sólo la vida de él, sino de muchos otros, que por razones políticas o religiosas se ven obligados a iniciar el exilio necesario. Tal parece que Zweig se niega a aceptar que la Viena cosmopolita que en otros tiempos albergó a varios grupos étnicos, se torne ahora intolerante. La partida no es inmediata, el camino se abre poco a poco y la amenaza de una nueva guerra mundial es inminente. Stefan Zweig no quiere abandonar Europa, su patria espiritual; el destino lo obliga a participar en la guerra en los dos frentes, primero como corresponsal de prensa y posteriormente como pacifista. En el intervalo entre las dos Guerras Mundiales realiza gran parte de su producción literaria y de su misión pacifista. Más tarde, obligado por las circunstancias inicia el camino del exilio hasta llegar al Brasil en donde termina su biografía. También ahí termina con su vida.

"Eros Matutinus", el cuarto capítulo de *Die Welt von Gestern* simboliza el despertar de una generación a un mundo de doble moral. Stefan Zweig habla de las primeras experiencias sexuales de sus compañeros de colegio y de la manera en que éstos reaccionaban ante los tabúes de la época.

No habla de su propio despertar a la sexualidad, su actitud, callada y tímida es el resultado de la ausencia de educación sexual en su vida. El despertar a la literatura le fue más significativo. A esa etapa le dedica varios capítulos de su obra autobiográfica desde "Die Schule im vorigen Jahrhundert", "Universitas Vitae", hasta "Paris die Stadt der ewigen Jugend". Con lujo de detalles narra sus primeras experiencias literarias y sus primeros contactos con el mundo intelectual de la época.

En cuanto a "La mujer en Eros Matutinus y en otras obras", Zweig muestra una marcada disposición de ánimo humanitario. Critica a las personas que mantienen el sistema de injusticias y censura a quien saca provecho de la condición "inferior" de la mujer. Stefan Zweig celebra con optimismo las libertades que poco a poco iban alcanzando las mujeres de mediados del siglo XX. Libertades que afortunadamente gozan las de la actualidad, aunque estemos lejos de haber alcanzado la igualdad.

CITAS

- 1 Nicolás Casullo. *La remoción de lo moderno*, p.73
- 2 José María Pérez Gay. *El imperio perdido*, p.12
- 3 Nicolás Casullo. *Op. cit.*, p.74
- 4 Que yo debía estudiar en la Universidad, fue una cosa resuelta desde un principio en el consejo de familia. ¿Pero, por cuál Facultad me decidiría? Mis padres me dejaron elegir con absoluta libertad. Stefan Zweig. *Die Welt von Gestern*, p.117. *Trad. de Alfredo Cahn.
- 5 Si repaso mi vida, pocos momentos tan felices acuden a mi memoria como los primeros de mi época de universitario sin Universidad. Stefan Zweig. *Op cit.*, p.46 *
- 6 La verdadera significación de mi solemne admisión en el "folletin" de la *Neue Freie Presse* se manifestó para mí en lo privado. Gané con ella una inesperada seguridad ante mi familia. Mis padres se ocupaban poco de la literatura y no se permitían formular ningún juicio al respecto. *Ibid.*, p.133 *
- 7 Para mis adentros, el camino que había que seguir en los próximos años se hizo desde entonces patente. Aprender mucho, ver mucho y sólo entonces empezar verdaderamente. Saber y conocer primero lo esencial del mundo antes de presentarme a él con publicaciones precipitadas. *Ibid.*, p.194 *
- 8 Y si hoy hubiera de dar un consejo a un joven escritor, incierto aún en cuanto a su carácter, le induciría a servir primero, como intérprete o traductor, a una obra mayor. Toda entrega abnegada ofrece al que se inicia mayor seguridad que la obra propia, y nada de lo que realiza sacrificándose es hecho en vano. *Ibid.*, p.149 *
- 9 Quedé entonces exteriormente libre, y todos mis años, hasta el día de hoy, sólo han estado dedicados a la lucha (en nuestros tiempos cada vez más difícil) de mantenerme interiormente no menos libre. *Ibid.*, p.151 *
- 10 Si estampo el nombre querido de Rainer Maria Rilke en la página de los días de París, a pesar de haber sido él un poeta alemán, es porque en París estuve con más frecuencia y de la mejor manera en su compañía, y porque siempre veo su rostro, como en los cuadros antiguos recortado sobre el fondo de esa ciudad, que él amaba como ninguna otra.

Ibid., p.166 *

- 11 Busqué, pues, un trabajo que me permitiera servir sin hacer obra de excitación, y la circunstancia de que uno de mis amigos, oficial de graduación superior, actuase en el archivo de guerra me permitió obtener un puesto en el mismo. Me nombraron bibliotecario, servicio para el cual resultaban útiles mis conocimientos lingüísticos, y además debía retocar el estilo de muchas comunicaciones destinadas al público. Ciertamente, no fue una actividad gloriosa, lo reconozco honestamente, pero me pareció más adecuada que la de perforar con una bayoneta los intestinos de un campesino ruso. *Ibid.*, p.264 *
- 12 Aún cuando era incomparablemente más representativo y culto que la mayoría de sus colegas (tocaba muy bien el piano, escribía en un estilo claro y bueno, hablaba el francés y el inglés), se negó tenazmente a aceptar cualquier homenaje o cargo honorífico; no pretendía ni admitió en ningún momento de su vida las distinciones y títulos que frecuentemente se le ofrecieron en consideración a su situación de gran industrial. Nunca tuvo que pedirle nada a nadie, ni solicitar ni agradecer favor alguno, y ese secreto orgullo le significaba más que la celebridad pública. *Ibid.*, p.22 *
- 13 Declaración
 Antes de abandonar la vida, por mi libre voluntad y con plena lucidez, me siento impulsado a cumplir un último deber: agradecer cálidamente a este maravilloso país, el Brasil, que me proporcionó para mi trabajo un asilo placentero. Cada día aprendí a amar más este país, y en ningún lugar me habría agradado más iniciar una vida nueva, habiéndose hundido el mundo de mi propia lengua y destrozándose a sí mismo Europa, mi patria espiritual. Pero después de cumplir los sesenta años harían falta fuerzas extraordinarias para comenzar la vida de nuevo. Mis fuerzas están agotadas por los largos años de peregrinaje. Considero preferible acabar a tiempo y con dignidad una vida, para la cual el trabajo espiritual era la más pura alegría, y la libertad el bien supremo de esta tierra.
 Saludo a todos mis amigos. Que vean todavía el alba después de esta noche prolongada. Yo, demasiado impaciente, me adelanto a ellos. Hartmut Müller. *Stefan Zweig*, p. 128. Trad. de Alfredo Bauer.
- 14 Y no necesitamos mucho tiempo para descubrir, que todas aquellas autoridades en las que hasta ese tiempo habíamos confiado como la escuela, la familia y la moral pública, se comportaban en ese punto de la sexualidad de manera curiosa y aún más, exigían de nosotros disimulo de acuerdo a sus intereses. *Stefan Zweig*. *Op. cit.*, p.86 **Trad. de Mónica Bañuelos

- 15 En esa ilusión, mediante el ignorar para el temperar, se unieron todas las instancias en un boicot solidario, a través de un hermético silencio. Escuela e Iglesia, salón y justicia, diario y libro, moda y costumbre, evitaban a toda costa cualquier mención del problema. La ciencia incluso, cuya verdadera tarea sería actuar ante todos los problemas de manera ecuánime y equilibrada también se unió a esa >naturalia sunt turpia<. *Ibid.*, p.88 **
- 16 Léase en Freud, que su ilustre profesor Charcot le confesó en privado que él ya conocía hacía tiempo la causa real, pero que nunca se le había permitido hacerla pública. *Ibid.* p.89 **
- 17 Cuando un escritor mencionaba de manera audaz el tema de la prostitución, creía que debía ennoblecerla y perfumar a la heroína como si fuese >Dama de las Camelias<. *Ibid.*, p.89 **
- 18 También era exagerado el comportamiento que se esperaba del sexo fuerte frente al débil. El hombre intrépido, valiente y agresivo, la mujer tímida, pudorosa y defensiva. Cazador y presa en vez de igual e igual. *Ibid.*, p.93 **
- 19 En el mar se torturaban penosamente vestidas del cuello a los talones con pesados trajes. En los internados y conventos se bañaban cubiertas con largas camisas blancas para olvidar que poseían un cuerpo. *Ibid.*, p.94 **
- 20 En la época anterior a Freud, se había impuesto el convenio como axioma, que una naturaleza femenina no tenía deseos físicos, hasta que éstos no fueran despertados por el hombre, lo que evidentemente sólo era permitido en el matrimonio. *Ibid.*, p.97 **
- 21 Eran más niñas que las niñas de hoy, y menos mujeres. Parecidas en su naturaleza a la exótica delicadeza de plantas de invernadero, eran criadas en casa de cristal, sobrecalentadas en una atmósfera artificial y protegidas de todo soplo de viento nocivo. *Ibid.*, p.99 **
- 22 Desde el primer día de nuestro despertar, sentíamos instintivamente que esa falsa moral con su callar y esconder nos quería quitar algo que con todo derecho pertenecía a nuestra edad, y que quería sacrificar nuestra voluntad a la honestidad de una convención desde hace tiempo mentirosa. *Ibid.*, p.97 **

- 23 Aún entonces existía la posibilidad de entablar relación con uno de aquellos seres anfibios que vivían mitad dentro, mitad fuera de la sociedad. Actrices, bailarinas, artistas, las únicas mujeres >emancipadas< de la época. *Ibid.*, p.103 **
- 24 El mismo mundo que tan patéticamente defendía la pureza de la mujer, toleraba esa espantosa venta, la organizaba y además sacaba provecho de ella. *Ibid.*, p.108 **
- 25 Podíamos entregarnos a nuestro arte sin ser molestados, a nuestras inclinaciones espirituales; formar la existencia privada de manera individual y personal. Podíamos vivir de manera cosmopolita, el mundo entero estaba abierto para nosotros. *Ibid.*, p.111 **
- 26 Cuando hoy veo a los jóvenes salir de sus escuelas, de sus colegios con la frente clara y erguida, venir con caras alegres; los veo juntos, chicos y chicas en camaradería libre y despreocupada, sin falsa timidez y pudor en el estudio, en el deporte y en el juego; esquiando en la nieve a toda velocidad, competir en la alberca libremente, como lo hacían en la antigüedad, correr en el auto en parejas por el campo; en todas las formas de una vida sana y sin preocupaciones, hermanado sin carga interna y externa. Entonces me parece cada vez que no hubiera cuarenta, sino mil años entre nosotros, quienes, para dar y recibir amor, tuvimos siempre que buscar entre sombras y escondites. *Ibid.*, pp.111-112 **
- 27 Porque empleábamos hasta el último dinero que se nos daba para asistir al teatro y a los conciertos o para adquirir libros; y, por otra parte, no nos preocupaba mucho ni poco que agradásemos o no a las niñas, puesto que pensábamos en causar impresión a instancias muy superiores. Pasearnos con muchachas nos habría parecido una forma de perder el tiempo, ya que con nuestra arrogancia intelectual estimábamos al otro sexo, de buenas a primeras, como espiritualmente inferior y no estábamos dispuestos a malbaratar nuestras preciosas horas en habladurías romas. *Ibid.*, pp.75-76. *
- 28 A los trece años, cuando se inició en mí aquella infección intelectual literaria, dejé de patinar sobre el hielo, empleé el dinero que mis padres me habían concedido para que tomara lecciones de baile en la compra de libros; a los dieciocho, no sabía todavía nadar, bailar, ni jugar al tenis, y aun hoy no sé andar en bicicleta, ni conducir un automóvil; en materia deportiva cualquier niño de diez años puede hacerme pasar vergüenza. *Ibid.*, p.76. *
- 29 Mi sentido moral me prohíbe casarme con una joven que no

ofrece su pureza en el matrimonio. Heinrich Mann.
Der Untertan, p.75 **

30 Así quería pues la sociedad de entonces a las jóvenes, disparatadas y necias, bien educadas y despreocupadas, curiosas y pudorosas, inseguras y poco prácticas; y a través de esa educación ajena a la vida real, determinadas al matrimonio en donde el hombre las formaría y educaría. La costumbre pareció protegerlas en cuanto a su ideal más misterioso, que luchaba por la castidad femenina, la virginidad, y lo hetero.
Ibid., p.99 **

31 Aún hoy me divierte la grotesca historia de una de mis tías, que en la noche de su boda apareció nuevamente en la casa de sus padres a la una de la mañana y casi derribó la puerta a golpes; no quería volver a ver al horrible hombre con quien la habían casado, era un loco, un demonio que había hecho todo lo posible por desvestirla. Sólo con mucho trabajo había logrado salvarse de estas exigencias evidentemente enfermas.
Ibid., p.98 **

32 Las grandes Demimondaines eran mencionadas incluso en el diario, en el reportaje de las carreras de caballos o en el Derby junto con los personajes prominentes, porque ellas mismas pertenecían ya a "la sociedad".
Ibid., p.106 **

33 Y hoy todas las ciudades me parecen más bellas y humanas, desde que esa multitud de mujeres tristes y hambrientas no habitan más las calles; mujeres que sin deseo ofrecían desco y que con sus caminatas sin fin de una esquina a otra terminaban por recorrer finalmente el mismo camino: el camino hacia el hospital. *Ibid.*, p.107 **

34 Las mujeres me parecen más bellas, su andar erguido, sus ojos claros, su plática genuina, desde que se les ha permitido mostrar libremente sus formas. *Ibid.*, p.112 **

BIBLIOGRAFIA

- BAUER**, Alfredo. *El hombre de ayer y el mundo. El trágico desarraigo de Stefan Zweig*. Ediciones Colihue. Buenos Aires, 1990, 372pp.
- BECK**, Knut. *Das Stefan Zweig Buch*. S. Fischer Verlag. Frankfurt am Main, 1981, 408pp.
- BEUTIN**, Wolfgang. *Deutsche Literaturgeschichte*. J.B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung. Frankfurt am Main, 1989, 662pp.
- CASULLO**, Nicolás. *La remoción de lo moderno*. La Viena del 900. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1991, 444pp.
- DAVIAU**, Donald. *Stefan Zweig, Paul Zech, Briefe 1910-1942*. Fischer Taschenbuch Verlag. Frankfurt am Main, 1986, 247pp.
- JOHNSTON**, William M. *Osterreichische Kultur und Geistes Geschichte. Gesellschaft und Ideen im Donauraum, 1848 bis 1938*. Böyan Verlag. Viena, 1972, 511pp.
- MANN**, Heinrich. *Der Untertan*. Deutscher Taschenbuch Verlag. Munich, 1988, 364pp.
- MARTINI**, Fritz. *Deutsche Literaturgeschichte*. Alfred Kröner Verlag. Stuttgart, 1976, 1248pp.
- MÜLLER**, Hartmut. *Stefan Zweig*. Rowohlt Verlag. Hamburgo, 1988, 155pp.
- PEREZ GAY**, José María. *El imperio perdido*. Editorial Cal y Arena. México D.F., 1991, 352pp.
- SCHNITZLER**, Arthur. *Reigen/Liebelel*. Fischer Verlag. Frankfurt am Main, 1992, 495pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Ardiente secreto*. Editorial Argos Vergara, S.A. Barcelona, 1957, 168pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers*. Fischer Verlag. Frankfurt am Main, 1992, 495pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Hombres, libros y ciudades*. Editorial Juventud. Barcelona, 1963, 416pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Jeremías*. Estudio crítico de Sergio Nudelstejer. Editorial Aldus. México D.F., 1992, 263pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Novelas*. Editorial Juventud. Barcelona, 1971, 1648pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Obras completas*. Editorial Juventud. Barcelona, 1971, 1668pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Tagebücher*. S. Fischer Verlag. Frankfurt am Main, 1984, 660pp.
- ZWEIG**, Stefan. *Tersites. Jeremías. Zwei Dramen*. Fischer Verlag. Frankfurt am Main, 1992, 176pp.

ANEXO

Eros Matutinus

Während dieser acht Jahre der höheren Schule ereignete sich für jeden von uns ein höchst persönliches Faktum: wir wurden aus zehnjährigen Kindern allmählich sechzehnjährige, siebzehnjährige, achzehnjährige mannbar junge Menschen, und die Natur begann ihre Rechte anzumelden. Dieses Erwachen der Pubertät scheint nun ein durchaus privates Problem, das jeder heranwachsende Mensch auf seine eigene Weise mit sich auszukämpfen hat, und für den ersten Blick keineswegs zu öffentlicher Erörterung geeignet. Für unsere Generation aber wuchs jene Krise über ihre eigentliche Sphäre hinaus. Sie zeigte zugleich ein Erwachen in einem anderen Sinne, denn sie lehrte uns zum erstenmal jene gesellschaftliche Welt, in der wir aufgewachsen waren, und ihre Konventionen mit kritischerem Sinn zu beobachten. Kinder und selbst junge Leute sind im allgemeinen geneigt, sich zunächst den Gesetzen ihres Milieus respektvoll anzupassen. Aber sie unterwerfen sich den ihnen anbefohlenen Konventionen nur insoweit, als sie sehen, daß diese auch von allen andern ehrlich innegehalten werden. Eine einzige Unwahrhaftigkeit bei Lehrern oder Eltern treibt den jungen Menschen unvermeidlich an, seine ganze Umwelt mit mißtrauischem und damit schärferem Blick zu betrachten. Und wir brauchten nicht lange, um zu entdecken, daß alle jene Autoritäten, denen wir bisher Vertrauen geschenkt, daß Schule, Familie und die öffentliche Moral in diesem einen Punkt der Sexualität sich merkwürdig unaufrichtig gebärdeten – und sogar mehr noch: daß sie auch

von uns in diesem Belange Heimlichkeit und Hinterhältigkeit forderten.

Denn man dachte anders über die Dinge vor dreißig und vierzig Jahren als in unserer heutigen Welt. Vielleicht auf keinem Gebiete des öffentlichen Lebens hat sich durch eine Reihe von Faktoren – die Emanzipation der Frau, die Freudsche Psychoanalyse, den sportlichen Körperkult, die Verselbständigung der Jugend – innerhalb eines einzigen Menschenalters eine so totale Verwandlung vollzogen wie in den Beziehungen der Geschlechter zueinander. Versucht man den Unterschied der bürgerlichen Moral des neunzehnten Jahrhunderts, die im wesentlichen eine victorianische war, gegenüber den heute gültigen, freieren und unbefangeneren Anschauungen zu formulieren, so kommt man der Sachlage vielleicht am nächsten, wenn man sagt, daß jene Epoche dem Problem der Sexualität aus dem Gefühl der inneren Unsicherheit ängstlich auswich. Frühere, noch ehrlich religiöse Zeitalter, insbesondere die streng puritanischen, hatten es sich leichter gemacht. Durchdrungen von der redlichen Überzeugung, daß sinnliches Verlangen der Stachel des Teufels sei und körperliche Lust Unzucht und Sünde, hatten die Autoritäten des Mittelalters das Problem gerade angegangen und mit schroffen Verbot und – besonders im calvinistischen Genf – mit grausamen Strafen ihre harte Moral durchgezwungen. Unser Jahrhundert dagegen, als eine tolerante, längst nicht mehr teufelsgläubige und kaum mehr gottgläubige Epoche brachte nicht mehr den Mutauf zu einem solchen radikalen Anathema, aber es empfand die Sexualität als ein anarchisches und darum störendes Element, das sich nicht in ihre Ethik eingliedern ließ, und das man nicht am lichten Tage schalten lassen dürfe, weil jede Form einer freien, einer außerehelichen Liebe dem bürgerlichen Anstand widersprach. In diesem Zwiespalt erfand nun jene Zeit ein sonderbares Kompromiß. Sie

beschränkte ihre Moral darauf, dem jungen Menschen zwar nicht zu verbieten, seine *vita sexualis* auszuüben, aber sie forderte, daß er diese peinliche Angelegenheit in irgendeiner unauffälligen Weise erledigte. War die Sexualität schon nicht aus der Welt zu schaffen, so sollte sie wenigstens innerhalb ihrer Welt der Sitte nicht sichtbar sein. Es wurde also die stillschweigende Vereinbarung getroffen, den ganzen ärgerlichen Komplex weder in der Schule, noch in der Familie, noch in der Öffentlichkeit zu erörtern und alles zu unterdrücken, was an sein Vorhandensein erinnern könnte.

Für uns, die wir seit Freud wissen, daß, wer natürliche Triebe aus dem Bewußtsein zu verdrängen sucht, sie damit keineswegs beseitigt, sondern nur ins Unterbewußtsein gefährlich verschiebt, ist es leicht, heute über die Unbelehrtheit jener naiven Verheimlichungstechnik zu lächeln. Aber das ganze neunzehnte Jahrhundert war redlich in dem Wahn befangen, man könne mit rationalistischer Vernunft alle Konflikte lösen, und je mehr man das Natürliche versteckte, desto mehr temperiere man seine anarchischen Kräfte; wenn man also junge Leute durch nichts über ihr Vorhandensein aufkläre, würden sie ihre eigene Sexualität vergessen. In diesem Wahn, durch Ignorieren zu temperieren, vereinten sich alle Instanzen zu einem gemeinsamen Boykott durch hermetisches Schweigen. Schule und kirchliche Seelsorge, Salon und Justiz, Zeitung und Buch, Mode und Sitte vermieden prinzipiell jedwede Erwähnung des Problems, und schmählicherweise schloß sich sogar die Wissenschaft, deren eigentliche Aufgabe es doch sein sollte, an alle Probleme gleich unbefangen heranzutreten, diesem »*naturalia sunt turpia*« an. Auch sie kapitulierte unter dem Vorwand, es sei unter der Würde der Wissenschaft, solche skabrösen Themen zu behandeln. Wo immer man in den Büchern jener Zeit nachblättert, in den philosophischen,

juristischen und sogar in den medizinischen, wird man übereinstimmend finden, daß jeder Erörterung ängstlich aus dem Wege gegangen wird. Wenn Strafrechtsgelehrte bei Kongressen die Humanisierungsmethoden in den Gefängnissen und die moralischen Schädigungen des Zuchthauslebens diskutierten, huschten sie an dem eigentlich zentralen Problem scheu vorbei. Ebenso wenig wagten Nervenärzte, obwohl sie sich in vielen Fällen über die Ätiologie mancher hysterischen Erkrankung vollkommen im klaren waren, den Sachverhalt zuzugeben, und man lese bei Freud nach, wie selbst sein verehrter Lehrer Charcot ihm privatim gestand, daß er die wahre *Causa* wohl kenne, nie aber öffentlich verlautbart habe. Am allerwenigsten durfte sich die – damals so benannte – »schöne« Literatur an aufrichtige Darstellungen wagen, weil ihr ausschließlich das Ästhetisch-Schöne als Domäne zugewiesen war. Während in früheren Jahrhunderten der Schriftsteller sich nicht scheute, ein ehrliches und umfassendes Kulturbild seiner Zeit zu geben, während man bei Defoe, bei Abbé Prévost, bei Fielding und Rétif de la Bretonne noch unverfälschten Schilderungen der wirklichen Zustände begegnet, meinte jene Epoche nur das »Gefühlvolle« und das »Erhabene« zeigen zu dürfen, nicht aber auch das Peinliche und das Wahre. Von allen Fährnissen, Dunkelheiten, Verwirrungen der Großstadtjugend findet man darum in der Literatur des neunzehnten Jahrhunderts kaum einen flüchtigen Niederschlag. Selbst wenn ein Schriftsteller kühn die Prostitution erwähnte, so glaubte er sie veredeln zu müssen und parfümierte die Heldin zur »Kameliendame«. Wir stehen also vor der sonderbaren Tatsache, daß, wenn ein junger Mensch von heute, um zu wissen, wie die Jugend der vorigen und vorvorigen Generation sich durchs Leben kämpfte, die Romane auch der größten Meister jener Zeit aufschlägt, die Werke von Dickens und Thackeray, Gottfried Keller

und Björnson, er – außer bei Tolstoi und Dostojewskij, die als Russen jenseits des europäischen Pseudo-Idealismus standen – ausschließlich sublimierte und temperierte Begebnisse dargestellt findet, weil diese ganze Generation durch den Druck der Zeit in ihrer freien Aussage gehemmt war. Und nichts zeigt deutlicher die fast schon hysterische Überreiztheit dieser Vorvätermoral und ihre heute schon unvorstellbare Atmosphäre, als daß selbst diese literarische Zurückhaltung noch nicht genügte. Denn kann man es noch fassen, daß ein so durchaus sachlicher Roman wie »Madame Bovary« von einem öffentlichen französischen Gericht als unzüchtig verboten wurde? Daß in der Zeit meiner Jugend Zolas Romane als pornographisch galten oder ein so ruhiger klassizistischer Epiker wie Thomas Hardy Stürme der Entrüstung in England und Amerika erregte? So zurückhaltend sie waren, diese Bücher hatten schon zuviel verraten von den Wirklichkeiten.

Aber in dieser ungesund stickigen, mit parfümierter Schwüle durchsättigten Luft sind wir aufgewachsen. Diese unehrliche und unpsychologische Moral des Verschweigens und Versteckens war es, die wie ein Alp auf unserer Jugend gelastet hat, und da die richtigen literarischen und kulturgeschichtlichen Dokumente dank dieser solidarischen Verschweigetechnik fehlen, mag es nicht leicht sein, das schon unglaubwürdig Gewordene zu rekonstruieren. Ein gewisser Anhaltspunkt ist allerdings gegeben; man braucht bloß auf die Mode zu blicken, denn jede Mode eines Jahrhunderts verrät mit ihrer optisch gewordenen Geschmacksrichtung unwillkürlich auch seine Moral. Es kann nun wahrhaftig nicht Zufall genannt werden, daß heute, 1940, wenn im Kino Frauen und Männer der Gesellschaft von 1900 in ihren damaligen Kostümen auf der Leinwand erscheinen, das Publikum in jeder Stadt, jedem Dorf Europas oder Amerikas unisono

in unaufhaltsame Heiterkeit ausbricht. Als Karikaturen belachen auch die naivsten Menschen von heute diese sonderbaren Gestalten von gestern – als unnatürlich, unbequem, unhygienisch, unpraktisch kostümierte Narren; sogar uns, die wir unsere Mütter und Tanten und Freundinnen in diesen absurden Roben noch gekannt haben, die wir selbst in unserer Knabenzeit ebenso lächerlich gewandt gingen, scheint es gespenstischer Traum, daß eine ganze Generation sich widerspruchslos solch einer stupiden Tracht unterwerfen konnte. Schon die Männermode der hohen steifen Kragen, der ›Vatermörder‹, die jede lockere Bewegung unmöglich machten, der schwarzen schweifwedelnden Bratenröcke und der an Ofenröhren erinnernden Zylinderhüte fordert zur Heiterkeit heraus, aber wie erst die ›Dame‹ von einst in ihrer mühseligen und gewaltsamen, ihrer in jeder Einzelheit die Natur vergewaltigenden Aufmachung! In der Mitte des Körpers wie eine Wespe abgeschnürt durch ein Korsett aus Fischbein, den Unterkörper wiederum weit aufgebauert zu einer riesigen Glocke, den Hals hoch verschlossen bis an das Kinn, die Füße bedeckt bis hart an die Zehen, das Haar mit unzähligen Löckchen und Schnecken und Flechten aufgetürmt unter einem majestätisch schwankenden Hutungetüm, die Hände selbst im heißesten Sommer in Handschuhe gestülpt, wirkt dies heute längst historische Wesen ›Dame‹ trotz des Parfüms, das seine Nähe umwölkte, trotz des Schmucks, mit dem es beladen war, und der kostbarsten Spitzen, der Rüschen und Behänge als ein unseliges Wesen von bedauernswerter Hilflosigkeit. Auf den ersten Blick wird man gewahr, daß eine Frau, einmal in eine solche Toilette verpanzert wie ein Ritter in seine Rüstung, nicht mehr frei, schwunghaft und grazil sich bewegen konnte, daß jede Bewegung, jede Geste und in weiterer Auswirkung ihr ganzes Gehabe in solchem Kostüm künstlich, unnatürlich, widernatür-

lich werden mußte. Schon die bloße Aufmachung zur ›Dame‹ – geschweige denn die gesellschaftliche Erziehung – das Anziehen und Ausziehen dieser Roben bedeutete eine umständliche Prozedur, die ohne fremde Hilfe gar nicht möglich war. Erst mußten hinten von der Taille bis zum Hals unzählige Haken und Ösen zugemacht werden, das Korsett mit aller Kraft der bedienenden Zofe zugezogen, das lange Haar – ich erinnere junge Leute daran, daß vor dreißig Jahren außer ein paar Dutzend russischer Studentinnen jede Frau Europas ihr Haar bis zu den Hüften entrollen konnte – von einer täglich berufenen Friseurin mit einer Legion von Haarnadeln, Spangen und Kämmen unter Zuhilfenahme von Brennschere und Lockenwicklern gekräuselt, gelegt, gebürstet, gestrichen, getürmt werden, ehe man sie mit den Zwiebschalen von Unterröcken, Kamisolen, Jacken und Jäckchen so lange umbaute und gewandete, bis der letzte Rest ihrer fraulichen und persönlichen Formen völlig verschwunden war. Aber dieser Unsinn hatte seinen geheimen Sinn. Die Körperlinie einer Frau sollte durch diese Manipulationen so völlig verheimlicht werden, daß selbst der Bräutigam beim Hochzeitsmahl nicht im entferntesten ahnen konnte, ob seine zukünftige Lebensgefährtin gerade oder krumm gewachsen war, füllig oder mager, kurzbeinig oder langbeinig; diese ›moralische‹ Zeit betrachtete es auch keineswegs als unerlaubt, zum Zwecke der Täuschung und zur Anpassung an das allgemeine Schönheitsideal künstliche Verstärkungen des Haars, des Busens oder anderer Körperteile vorzunehmen. Je mehr eine Frau als ›Dame‹ wirken sollte, um so weniger durften ihre natürlichen Formen erkennbar sein; im Grunde diente die Mode mit diesem ihrem absichtlichen Leitsatz doch nur gehorsam der allgemeinen Moraltenenz der Zeit, deren Haupt Sorge das Verdecken und Verstecken war.

Aber diese weise Moral vergaß völlig, daß, wenn man dem Teufel die Tür versperrt, er sich meist durch den Rauchfang oder eine Hintertür Einlaß erzwingt. Was unserem unbefangenen Blick heutigen Tages an diesen Trachten auffällt, die verzweifelt jede Spur nackter Haut und ehrlichen Wuchses verdecken wollten, ist keineswegs ihre Sittlichkeit, sondern im Gegenteil, wie bis zur Peinlichkeit provokatorisch jene Mode die Polarität der Geschlechter herausarbeitete. Während der junge Mann und die junge Frau unserer Zeit, beide hochgewachsen und schlank, beide bartlos und kurzen Haars, schon an ihrer äußeren Erscheinung sich kameradschaftlich einander anpassen, distanzieren sich in jener Epoche die Geschlechter, so sehr sie es nur vermochten. Die Männer trugen lange Bärte zur Schau oder zwirbelten zum mindesten einen mächtigen Schnurrbart als weithin erkennbares Attribut ihrer Männlichkeit empor, während bei der Frau das Korsett das wesentlich weibliche Geschlechtsmerkmal des Busens ostentativ sichtbar machte. Überbetont war das sogenannte starke Geschlecht gegenüber dem schwachen Geschlecht auch in der Haltung, die man von ihm verlangte, der Mann forsch, ritterlich und aggressiv, die Frau scheu, schüchtern und defensiv, Jäger und Beute, statt gleich und gleich. Durch diese unnatürliche Auseinandersetzung im äußeren Habitus mußte auch die innere Spannung zwischen den Polen, die Erotik, sich verstärken, und so erreichte dank ihrer unpsychologischen Methode des Verhüllens und Verschweigens die Gesellschaft von damals genau das Gegenteil. Denn da sie in ihrer unablässigen Angst und Prüderie dem Unsittlichen in allen Formen des Lebens, Literatur, Kunst, Kleidung ständig nachspürte, um jede Anreizung zu verhüten, war sie eigentlich gezwungen, unablässig an das Unsittliche zu denken. Da sie ununterbrochen forschte, was unpassend sein könnte, befand sie sich in einem unablässigen Zu-

stand des Aufpassens; immer schien der damaligen Welt der »Anstand« in tödlicher Gefahr: bei jeder Geste, bei jedem Wort. Vielleicht wird man heute noch verstehen, daß es in jener Zeit als Verbrechen gegolten, wenn eine Frau bei Sport oder Spiel eine Hose angelegt hätte. Aber wie die hysterische Prüderie begreiflich machen, daß eine Dame das Wort »Hose« damals überhaupt nicht über die Lippen bringen durfte? Sie mußte, wenn sie schon der Existenz eines so sinnengefährlichen Objekts wie einer Männerhose überhaupt Erwähnung tat, dafür das unschuldige »Beinkleid« oder die eigens erfundene ausweichende Bezeichnung »Die Unaussprechlichen« wählen. Daß etwa ein paar junge Leute gleichen Standes, aber verschiedenen Geschlechtes, unbewacht einen Ausflug hätten unternehmen dürfen, war völlig undenkbar – oder vielmehr, der erste Gedanke war, es könnte dabei etwas »passieren«. Ein solches Zusammensein wurde höchstens zulässig, wenn irgendwelche Aufsichtspersonen, Mütter oder Gouvernanten, die jungen Leute Schritt für Schritt begleiteten. Daß junge Mädchen auch im heißesten Sommer Tennis in fußfreien Kleidern oder gar mit nackten Armen spielten, hätte als skandalös gegolten, und wenn eine wohlgesittete Frau in Gesellschaft die Füße überschlug, empfand die »Sitte« dies als grauenhaft anstößig, weil dadurch ihre Knöchel unter dem Kleidensaum hätten entblößt werden können. Selbst den Elementen der Natur, selbst Sonne, Wasser und Luft, war es nicht gegönnt, die nackte Haut einer Frau zu berühren. Im freien Meer quälten sie sich mühsam vorwärts in schweren Kostümen, bekleidet vom Hals bis zur Ferse, in den Pensionaten und Klöstern mußten die jungen Mädchen, um zu vergessen, daß sie einen Körper besaßen, sogar ihr häusliches Bad in langen, weißen Hemden nehmen. Es ist durchaus keine Legende oder Übertreibung, daß Frauen als alte Damen starben, von deren Körper außer dem Geburtshel-

fer, dem Gatten und Leichenwäscher niemand auch nur die Schulterlinie oder das Knie gesehen. All das erscheint heute nach vierzig Jahren als Märchen oder humoristische Übertreibung. Aber diese Angst vor allem Körperlichen und Natürlichen war tatsächlich von den obersten Ständen bis tief in das ganze Volk mit der Vehemenz einer wirklichen Neurose eingedrungen. Denn kann man es sich heute noch vorstellen, daß um die Jahrhundertwende, als die ersten Frauen sich auf das Fahrrad oder gar beim Reiten in den Herrensitz wagten, die Bauern mit Steinen auf die Verwegenen warfen? Daß in einer Zeit, da ich noch zur Schule ging, die Wiener Zeitungen spaltenlange Diskussionen führten über die vorgeschlagene, grauenhaft unsittliche Neuerung, die Ballerinen der Hofoper sollten ohne Trikotstrümpfe tanzen? Daß es eine Sensation ohnegleichen wurde, als Isidora Duncan in ihren doch höchst klassischen Tänzen zum erstenmal unter der weißen, glücklicherweise tief hinabwallenden Tunika statt der üblichen Seidenschühchen ihre nackten Sohlen zeigte? Und nun denke man sich junge Menschen, die in einer solchen Zeit wachen Blicks heranwachsen, und wie lächerlich ihnen diese Ängste um den ewig bedrohten Anstand erscheinen mußten, sobald sie einmal erkannt hatten, daß das sittliche Mäntelchen, das man geheimnisvoll um diese Dinge hängen wollte, doch höchst fadenscheinig und voller Risse und Löcher war. Schließlich ließ es sich doch nicht vermeiden, daß einer von den fünfzig Gymnasiasten seinen Professor in einer jener dunklen Gassen traf, oder man im Familienkreise erlauschte, dieser oder jener, der vor uns besonders hochachtbar tat, habe verschiedene Sündenfälle auf dem Kerbholz. In Wirklichkeit steigerte und verschwülte nichts unsere Neugier dermaßen wie jene ungeschickte Technik des Verbergens; und da man dem Natürlichen nicht frei und offen seinen Lauf lassen wollte, schuf sich die Neugier in einer Groß-

stadt ihre unterirdischen und meist nicht sehr sauberen Abflüsse. In allen Ständen spürte man durch diese Unterdrückung bei der Jugend eine unterirdische Überreizung, die sich in kindischer und hilfloser Art auswirkte. Kaum fand sich ein Zaun oder ein verschwiegenes Gelaß, das nicht mit unanständigen Worten und Zeichnungen beschmiert war, kaum ein Schwimmbad, in dem die Holzwände zum Damenbad nicht von sogenannten Astlochguckern durchbohrt waren. Ganze Industrien, die heute durch die Vernatürlichung der Sitten längst zugrunde gegangen sind, standen in heimlicher Blüte, vor allem die jener Akt- und Nacktphotographien, die in jedem Wirtshaus Hausierer unter dem Tisch den halbwüchsigen Burschen anboten. Oder die der pornographischen Literatur *sous le manteau* – da die ernste Literatur zwangsweise idealistisch und vorsichtig sein mußte – Bücher allerschlimmster Sorte, auf schlechtem Papier gedruckt, in schlechter Sprache geschrieben und doch reißenden Absatz findend, sowie Zeitschriften pikanter Art, wie sie ähnlich widerlich und lüstern heute nicht mehr zu finden sind. Neben dem Hoftheater, das dem Zeitideal mit all seinem Edelsinn und seiner schneeweißen Reinheit zu dienen hatte, gab es Theater und Kabarets, die ausschließlich der ordinärsten Zote dienten; überall schuf sich das Gehemmte Abwege, Umwege und Auswege. So war im letzten Grund jene Generation, der man jede Aufklärung und jedes unbefangene Beisammensein mit dem anderen Geschlecht prüde untersagte, tausendmal erotischer disponiert als die Jugend von heute mit ihrer höheren Liebesfreiheit. Denn nur das Versagte beschäftigt das Gelüst, nur das Verbotene irritiert das Verlangen, und je weniger die Augen zu sehen, die Ohren zu hören bekamen, um so mehr träumten die Gedanken. Je weniger Luft, Licht und Sonne man an den Körper heranließ, um so mehr verschwülten sich die Sinne. In summa hat jener

gesellschaftliche Druck auf unsere Jugend statt einer höheren Sittlichkeit nur Mißtrauen und Erbitterung in uns gegen alle diese Instanzen gezeitigt. Vom ersten Tag unseres Erwachens fühlten wir instinktiv, daß mit ihrem Verschweigen und Verdecken diese unehrliche Moral uns etwas nehmen wollte, was rechtens unserem Alter zugehörte und daß sie unseren Willen zur Ehrlichkeit aufopferte einer längst unwahr gewordenen Konvention.

Diese »gesellschaftliche Moral«, die einerseits das Vorhandensein der Sexualität und ihren »natürlichen« Ablauf privatim voraussetzte, anderseits öffentlich um keinen Preis anerkennen wollte, war aber sogar doppelt verlogen. Denn während sie bei jungen Männern ein Augenzukniff und sie mit dem andern sogar zwinkernd ermutigte, »sich die Hörner abzulaufen«, wie man in dem gutmütig spottenden Familienjargon jener Zeit sagte, schloß sie gegenüber der Frau ängstlich beide Augen und stellte sich blind. Daß ein Mann Triebe empfinde und empfinden dürfe, mußte sogar die Konvention stillschweigend zugeben. Daß aber eine Frau gleichfalls ihnen unterworfen sein könne, daß die Schöpfung zu ihren ewigen Zwecken auch einer weiblichen Polarität bedürfe, dies ehrlich zuzugeben, hätte gegen den Begriff der »Heiligkeit« der Frau verstoßen. Es wurde also in der vorfreudianischen Zeit die Vereinbarung als Axiom durchgesetzt, daß ein weibliches Wesen keinerlei körperliches Verlangen habe, solange es nicht vom Manne geweckt werde, was aber selbstverständlich offiziell nur in der Ehe erlaubt war. Da aber die Luft – besonders in Wien – auch in jenen moralischen Zeiten voll gefährlicher erotischer Infektionsstoffe war, mußte ein Mädchen aus gutem Hause von der Geburt bis zu dem Tage, da es mit seinem Gatten den Traualtar verließ, in einer völlig sterilisierten Atmosphäre leben. Um die jungen Mädchen zu schützen, ließ man sie nicht einen Augenblick allein. Sie bekamen eine Gouvernante,

die dafür zu sorgen hatte, daß sie gottbewahre nicht einen Schritt unbehütet vor die Haustür traten, sie wurden zur Schule, zur Tanzstunde, zur Musikstunde gebracht und ebenso abgeholt. Jedes Buch, das sie lasen, wurde kontrolliert, und vor allem wurden die jungen Mädchen unablässig beschäftigt, um sie von möglichen gefährlichen Gedanken abzulenken. Sie mußten Klavier üben und Singen und Zeichnen und fremde Sprachen und Kunstgeschichte und Literaturgeschichte lernen, man bildete und überbildete sie. Aber während man versuchte, sie so gebildet und gesellschaftlich wohlbezogen wie nur denkbar zu machen, sorgte man gleichzeitig ängstlich dafür, daß sie über alle natürlichen Dinge in einer für uns heute unfassbaren Ahnungslosigkeit verblieben. Ein junges Mädchen aus guter Familie durfte keinerlei Vorstellungen haben, wie der männliche Körper geformt sei, nicht wissen, wie Kinder auf die Welt kommen, denn der Engel sollte ja nicht nur körperlich unberührt, sondern auch seelisch völlig »rein« in die Ehe treten. »Gut erzogen« galt damals bei einem jungen Mädchen für vollkommen identisch mit lebensfremd; und diese Lebensfremdheit ist den Frauen jener Zeit manchmal für ihr ganzes Leben geblieben. Noch heute amüsiert mich die groteske Geschichte einer Tante von mir, die in ihrer Hochzeitsnacht um ein Uhr morgens plötzlich wieder in der Wohnung ihrer Eltern erschien und Sturm läutete, sie wolle den gräßlichen Menschen nie mehr sehen, mit dem man sie verheiratet habe, er sei ein Wahnsinniger und ein Unhold, denn er habe allen Ernstes versucht, sie zu entkleiden. Nur mit Mühe habe sie sich vor diesem sichtbar krankhaften Verlangen retten können.

Nun kann ich nicht verschweigen, daß diese Unwissenheit den jungen Mädchen von damals anderseits einen geheimnisvollen Reiz verlieh. Diese unflüggen Geschöpfe ahnten, daß es neben und hinter ihrer eigenen Welt eine

andere gäbe, von der sie nichts wußten und nichts wissen durften, und das machte sie neugierig, sehnsüchtig, schwärmerisch und auf eine anziehende Weise verwirrt. Wenn man sie auf der Straße grüßte, erröteten sie – gibt es heute noch junge Mädchen, die erröten? Wenn sie miteinander allein waren, kicherten und tuschelten und lachten sie unablässig wie leicht Betrunkene. Voll Erwartung nach all dem Unbekannten, von dem sie ausgeschlossen waren, träumten sie sich das Leben romantisch aus, waren aber gleichzeitig voll Scham, daß jemand entdecken könnte, wie sehr ihr Körper nach Zärtlichkeiten verlangte, von denen sie nichts Deutliches wußten. Eine Art leiser Verwirrung irritierte unablässig ihr ganzes Gebahren. Sie gingen anders als die Mädchen von heute, deren Körper gestählt sind durch Sport, die sich unbefangen und leicht unter jungen Männern als ihresgleichen bewegen; schon auf tausend Schritte konnte man damals am Gang und am Gebaren ein junges Mädchen von einer Frau unterscheiden, die schon einen Mann gekannt. Sie waren mehr Mädchen, als die Mädchen es heute sind und weniger Frauen, in ihrem Wesen der exotischen Zartheit von Treibhauspflanzen ähnlich, die im Glashaus in einer künstlich überwärmten Atmosphäre und geschützt vor jedem bösen Windhauch aufgezogen werden: das kunstvoll gezüchtete Produkt einer bestimmten Erziehung und Kultur.

Aber so wollte die Gesellschaft von damals das junge Mädchen, töricht und unbelehrt, wohlgezogen und ahnungslos, neugierig und schamhaft, unsicher und unpraktisch, und durch diese lebensfremde Erziehung von vornherein bestimmt, in der Ehe dann willenlos vom Manne geformt und geführt zu werden. Die Sitte schien sie zu behüten als das Sinnbild ihres geheimsten Ideals, als das Symbol der weiblichen Sittsamkeit, der Jungfräulichkeit, der Unirdischkeit. Aber welche Tragik dann, wenn eines

dieser jungen Mädchen seine Zeit versäumte, wennes mit fünfundzwanzig, mit dreißig Jahren noch nicht verheiratet war! Denn die Konvention verlangte erbarmungslos auch von dem dreißigjährigen Mädchen, daß es diesen Zustand der Unerfahrenheit, der Unbegehrlichkeit und Naivität, der ihrem Alter längst nicht mehr gemäß war, um der ›Familie‹ und der ›Sitte‹ willen unverbrüchlich aufrechterhielt. Aber dann verwandelte sich meist das zarte Bild in eine scharfe und grausame Karikatur. Das unverheiratete Mädchen wurde zum ›sitzengebliebenen‹ Mädchen, das sitzengebliebene Mädchen zur ›alten Jungfer‹, an der sich der schale Spott der Witzblätter unablässig übte. Wer heute einen alten Jahrgang der ›Fliegenden Blätter‹ oder eines der anderen humoristischen Organe jener Zeit aufschlägt, wird mit Grauen in jedem Heft die stupidesten Verspottungen alternder Mädchen finden, die, in ihren Nerven verstört, ihr doch natürliches Liebesverlangen nicht zu verbergen wissen. Statt die Tragödie zu erkennen, die sich in diesen geopfert existenzen vollzog, die um der Familie und ihres guten Namens willen die Forderungen der Natur, das Verlangen nach Liebe und Mutterschaft, in sich unterdrücken mußten, verhöhnnte man sie mit einem Unverständnis, das uns heute degoutiert. Aber immer ist eine Gesellschaft am grausamsten gegen jene, die ihr Geheimnis verraten und offenbar machen, wo sie durch Unaufrichtigkeit gegen die Natur einen Frevel begeht.

Versuchte damals die bürgerliche Konvention krampfhaft die Fiktion aufrechtzuerhalten, daß eine Frau aus ›guten Kreisen‹ keine Sexualität besitze und besitzen dürfe, solange sie nicht verheiratet sei – alles andere machte sie zu einer ›unmoralischen Person‹, zu einem Outcast der Familie –, so war man doch immerhin genötigt, bei einem jungen Mann das Vorhandensein

solcher Triebe zugeben. Da man mannbar gewordene junge Leute erfahrungsgemäß nicht verhindern konnte, ihre *vita sexualis* auszuüben, beschränkte man sich auf den bescheidenen Wunsch, sie sollten ihre unwürdigen Vergnügungen *extra muros* der geheiligten Sitte erledigen. Wie die Städte unter den sauber gekehrten Straßen mit ihren schönen Luxusgeschäften und eleganten Promenaden unterirdische Kanalanlagen verbergen, in denen der Schmutz der Kloaken abgeleitet wird, sollte das ganze sexuelle Leben der Jugend sich unsichtbar unter der moralischen Oberfläche der »Gesellschaft« abspielen. Welche Gefahren der junge Mensch sich dabei aussetzte und in welche Sphären er geriet, war gleichgültig, und Schule wie Familie verabsäumten ängstlich, den jungen Mann in dieser Hinsicht aufzuklären. Hie und da nur gab es in den letzten Jahren gewisse vorsorgliche oder, wie man damals sagte, »aufgeklärt denkende« Väter, welche, sobald ihr Sohn die ersten Zeichen sprossenden Bartwuchses trug, ihm auf den richtigen Weg helfen wollten. Dann wurde der Hausarzt gerufen, der gelegentlich den jungen Menschen in ein Zimmer bat, umständlich seine Brille putzte, ehe er einen Vortrag über die Gefährlichkeit der Geschlechtskrankheiten begann und dem jungen Mann, der gewöhnlich zu diesem Zeitpunkte längst sich selbst belehrt hatte, nahelegte, mäßig zu sein und bestimmte Vorsichtsmaßregeln nicht außer acht zu lassen. Andere Väter wandten ein noch sonderbareres Mittel an; sie engagierten für das Haus ein hübsches Dienstmädchen, dem die Aufgabe zufiel, den jungen Burschen praktisch zu belehren. Denn es schien ihnen besser, daß der junge Mensch diese lästige Sache unter ihrem eigenen Dache abtäte, wodurch nach außen hin das Dekorum gewahrt blieb und außerdem die Gefahr ausgeschaltet, daß er irgendeiner »raffinierten Person« in die Hände fallen könnte. Eine Methode der Aufklärung blieb aber in allen

Instanzen und Formen entschlossen verpönt: die öffentliche und aufrichtige.

Welche Möglichkeiten ergaben sich nun für einen jungen Menschen der bürgerlichen Welt? In allen anderen, in den sogenannten unteren Ständen war das Problem kein Problem. Auf dem Lande schloß der Knecht schon mit siebzehn Jahren mit einer Magd, und wenn das Verhältnis Folgen zeigte, so hatte das weiter keinen Belang; in den meisten unserer Alpendörfer überstieg die Zahl der unehelichen Kinder weitaus die der ehelichen. Im Proletariat wieder lebte der Arbeiter, ehe er heiraten konnte, mit einer Arbeiterin zusammen in »wilder Ehe«. Bei den orthodoxen Juden Galiziens wurde dem Siebenjährigen, also dem kaum mannbaren Jüngling, die Braut zugeführt, und mit vierzig Jahren konnte er bereits Großvater sein. Nur in unserer bürgerlichen Gesellschaft war das eigentliche Gegenmittel, die frühe Ehe, verpönt, weil kein Familienvater seine Tochter einem zweiundzwanzigjährigen oder zwanzigjährigen jungen Menschen anvertraut hätte, denn man hielt einen so »jungen« Mann noch nicht für reif genug. Auch hier enthüllte sich wieder eine innere Unaufrichtigkeit, denn der bürgerliche Kalender stimmte keineswegs mit dem der Natur überein. Während für die Natur mit sechzehn oder siebzehn, wurde für die Gesellschaft ein junger Mann erst mannbar, wenn er sich eine »soziale Position« geschaffen hatte, also kaum vor dem fünfundzwanzigsten oder sechsundzwanzigsten Jahr. So entstand ein künstliches Intervall von sechs, acht oder zehn Jahren zwischen der wirklichen Mannbarkeit und jener der Gesellschaft, innerhalb dessen sich der junge Mann um seine »Gelegenheiten« oder »Abenteuer« selber zu kümmern hatte.

Dafür gab die damalige Zeit ihm nicht allzu viele Möglichkeiten. Nur ganz wenige, besonders reiche junge

Leute konnten sich den Luxus leisten, eine Mätresse auszuhalten, das heißt, ihr eine Wohnung zu nehmen und für ihren Lebensunterhalt aufzukommen. Ebenso erfüllte sich nur einigen besonders Glücklichen das damalige literarische Liebesideal – das einzige, das in Romanen geschildert werden durfte –, das Verhältnis mit einer verheirateten Frau. Die andern halfen sich meist mit Ladenmädchen und Kellnerinnen aus, was wenig innere Befriedigung bot. Denn in jener Zeit vor der Emanzipation der Frau und ihrer tätigen selbständigen Teilnahme am öffentlichen Leben verfügten nur Mädchen aus allerärmster proletarischer Herkunft über einerseits genug Unbedenklichkeit, anderseits genug Freiheit für solche flüchtigen Beziehungen ohne ernste Heiratsabsichten. Schlecht gekleidet, abgemüdet nach einem zwölfstündigen, jämmerlich bezahlten Tagewerk, ungepflegt (ein Badezimmer war in jenen Zeiten noch das Privileg reicher Familien), und in einem engen Lebenskreise aufgewachsen, standen diese armen Wesen so tief unter dem Niveau ihrer Liebhaber, daß diese sich meist selbst scheuten, öffentlich mit ihnen gesehen zu werden. Zwar hatte für diese Peinlichkeit die vorsorgliche Konvention ihre besonderen Maßnahmen erfunden, die sogenannten *Chambres Séparées*, wo man mit einem Mädchen ungesehen zu Abend essen konnte, und alles andere erledigte sich in den kleinen Hotels der dunklen Seitenstraßen, die ausschließlich auf diesen Betrieb eingerichtet waren. Aber all diese Begegnungen mußten flüchtig und ohne eigentliche Schönheit bleiben, mehr Sexualität als Eros, weil immer nur hastig und heimlich wie eine verbotene Sache getan. Dann gab es allenfalls noch die Möglichkeit der Beziehung zu einem jener amphibischen Wesen, die halb außerhalb, halb innerhalb der Gesellschaft standen, Schauspielerinnen, Tänzerinnen, Künstlerinnen, den einzig »emanzipierten« Frauen jener Zeit. Aber im allgemei-

nen blieb das Fundament des damaligen erotischen Lebens außerhalb der Ehe die Prostitution; sie stellte gewissermaßen das dunkle Kellergewölbe dar, über dem sich mit makellos blendender Fassade der Prunkbau der bürgerlichen Gesellschaft erhob.

Von der ungeheuren Ausdehnung der Prostitution in Europa bis zum Weltkriege hat die gegenwärtige Generation kaum mehr eine Vorstellung. Während heute auf den Großstadtstraßen Prostituierte so selten anzutreffen sind wie Pferde auf der Fahrbahn, waren damals die Gehsteige derart durchspränktelt mit käuflichen Frauen, daß es schwerer hielt, ihnen auszuweichen, als sie zu finden. Dazu kamen noch die zahlreichen geschlossenen Häuser, die Nachtlokale, die Kabarets, die Tanzdielen mit ihren Tänzerinnen und Sängerinnen, die Bars mit ihren Animiernädchen. In jeder Preislage und zu jeder Stunde war damals weibliche Ware offen ausgebaut, und es kostete einen Mann eigentlich ebensowenig Zeit und Mühe, sich eine Frau für eine Viertelstunde, eine Stunde oder Nacht zu kaufen wie ein Paket Zigaretten oder eine Zeitung. Nichts scheint mir die größere Ehrlichkeit und Natürlichkeit der gegenwärtigen Lebens- und Liebesformen so sehr zu bekräftigen, wie daß es der Jugend von heute möglich und fast selbstverständlich geworden ist, diese einst unentbehrliche Institution zu entbehren, und daß es nicht die Polizei, nicht die Gesetze gewesen, welche die Prostitution aus unserer Welt zurückgedrängt haben, sondern daß sich dieses tragische Produkt einer Pseudomoral bis auf spärliche Reste durch verminderte Nachfrage selbst erledigt hat.

Die offizielle Stellung des Staates und seiner Moral gegenüber dieser dunklen Angelegenheit war nun niemals recht behaglich. Vom sittlichen Standpunkt aus wagte man einer Frau das Recht zum Selbstverkauf nicht

offen zuzuerkennen, vom hygienischen Standpunkt aus konnte man wiederum die Prostitution, da sie die lästige außereheliche Sexualität kanalisierte, nicht entbehren. So suchten sich die Autoritäten mit einer Zweideutigkeit zu helfen, indem sie eine Teilung machten zwischen geheimer Prostitution, die der Staat als unmoralisch und gefährlich bekämpfte, und einer erlaubten Prostitution, die mit einer Art Gewerbeschein versehen und vom Staate besteuert war. Ein Mädchen, das sich entschlossen hatte, Prostituierte zu werden, bekam von der Polizei eine besondere Konzession und als Berechtigungsschein ein eigenes Buch. Indem sie sich polizeilicher Kontrolle unterstellte und der Pflicht genügte, sich zweimal in der Woche ärztlich untersuchen zu lassen, hatte sie das Gewerberecht erworben, ihren Körper zu jedem ihr richtig dünkenden Preise zu vermieten. Sie war anerkannt als Beruf innerhalb aller anderen Berufe, aber – hier kam der Pferdefuß der Moral – doch nicht vollkommen anerkannt. So konnte zum Beispiel eine Prostituierte, wenn sie ihre Ware, das heißt, ihren Körper, an einen Mann verkauft hatte und er nachher die vereinbarte Bezahlung verweigerte, nicht gegen ihn Klage führen. Dann war mit einemmal ihre Forderung – ob turpem causam, wie das Gesetz motivierte – plötzlich eine unmoralische geworden, die nicht den Schutz der Obrigkeit fand.

Schon an solchen Einzelheiten spürte man die Zwiespältigkeit einer Auffassung, die einerseits diese Frauen einordnete in ein staatlich erlaubtes Gewerbe, sie aber persönlich als Outcasts außerhalb des allgemeinen Rechts stellte. Aber die eigentliche Unwahrhaftigkeit bestand in der Handhabung, daß alle diese Beschränkungen nur für die ärmeren Klassen galten. Eine Ballettänzerin, die für zweihundert Kronen in Wien ebenso zu jeder Stunde und für jeden Mann zu haben war wie das Straßenmädchen für zwei Kronen, brauchte selbstverständlich keinen Gewer-

beschein; die großen Demimondaines wurden sogar in der Zeitung in dem Bericht über das Trabrennen oder Derby unter den prominenten Anwesenden genannt, weil sie eben schon selbst zur ›Gesellschaft‹ gehörten. Ebenso standen einige der vornehmsten Vermittlerinnen, die den Hof, die Aristokratie und die reiche Bürgerschaft mit Luxusware versorgten, jenseits des Gesetzes, das sonst Kuppelei mit schweren Gefängnisstrafen belegte. Die strenge Disziplin, die mitleidslose Überwachung und die soziale Ächtung hatten nur Geltung innerhalb der Armee der Tausende und Tausende, welche mit ihrem Körper und ihrer gedemütigten Seele eine alte und längst unterhöhlte Moralauffassung gegen freie und natürliche Liebesformen verteidigen sollte

Diese ungeheure Armee der Prostitution war – ebenso wie die wirkliche Armee in einzelne Heeresteile, Kavallerie, Artillerie, Infanterie, Festungsartillerie – in einzelne Gattungen aufgeteilt. Der Festungsartillerie entsprach in der Prostitution am ehesten jene Gruppe, die bestimmte Straßen der Stadt als ihr Quartier völlig besetzt hielt. Es waren meist jene Gegenden, wo früher im Mittelalter der Galgen gestanden hatte oder ein Leprosenspital oder ein Kirchhof, wo die Freimänner, die Henker und die anderen sozial Geächteten Unterschlupf gefunden, Gegenden also, welche die Bürgerschaft schon seit Jahrhunderten als Wohnsitz lieber mied. Dort wurden von den Behörden einige Gassen als Liebesmarkt freigegeben: Tür an Tür saßen wie im Yoshiwara Japans oder am Fischmarkt in Kairo noch im zwanzigsten Jahrhundert zweihundert oder fünfhundert Frauen, eine neben der andern, an den Fenstern ihrer ebenerdigen Wohnungen zur Schau, billige Ware, die in zwei Schichten, Tagschicht und Nachtschicht, arbeitete.

Der Kavallerie oder Infanterie entsprach die ambulante

Prostitution, die zahllosen käuflichen Mädchen, die sich Kunden auf der Straße suchten. In Wien wurden sie allgemein »Strichmädchen« genannt, weil ihnen von der Polizei mit einem unsichtbaren Strich das Trottoir abgegrenzt war, das sie für ihre Werbezwecke benutzen durften; bei Tag und Nacht bis tief ins Morgengrauen schlepten sie eine mühsam erkaufte, falsche Eleganz auch bei Eis und Regen über die Straßen, immer wieder für jeden Vorübergehenden das schon müde gewordene, schlecht geschminkte Gesicht zu einem verlockenden Lächeln zwingend. Und alle Städte erscheinen mir heute schöner und humaner, seit diese Scharen hungriger, unfroher Frauen nicht mehr die Straßen bevölkern, die ohne Lust Lust feilboten und bei ihrem endlosen Wandern von einer Ecke zur andern schließlich doch alle denselben unvermeidlichen Weg gingen: den Weg ins Spital.

Aber auch diese Massen genügten noch nicht für den ständigen Konsum. Manche wollten es noch bequemer und diskreter haben, als auf der Straße diesen flatternden Fledermäusen oder traurigen Paradiesvögeln nachzujagen. Sie wollten die Liebe behaglicher: mit Licht und Wärme, mit Musik und Tanz und einem Schein von Luxus. Für diese Klienten gab es die »geschlossenen Häuser«, die Bordelle. Dort versammelten sich in einem sogenannten, mit falschem Luxus eingerichteten »Salon« die Mädchen in teils damenhaften Toiletten, teils schon unzweideutigen Negligés. Ein Klavierspieler sorgte für musikalische Unterhaltung, es wurde getrunken und getanzt und geplaudert, ehe sich die Paare diskret in ein Schlafzimmer zurückzogen; in manchen der vornehmern Häuser, besonders in Paris und in Mailand, die eine gewisse internationale Berühmtheit hatten, konnte ein naives Gemüt der Illusion anheimfallen, in ein Privathaus mit etwas übermütigen Gesellschaftsdamen eingeladen zu sein. Äußerlich hatten es die Mädchen in diesen Häusern

besser im Vergleich zu den ambulanten Straßenmädchen. Sie mußten nicht in Wind und Regen durch Kot und Gassen wandern, sie saßen im warmen Raum, bekamen gute Kleider, reichlich zu essen und insbesondere reichlich zu trinken. Dafür waren sie in Wahrheit Gefangene ihrer Wirtinnen, welche die Kleider, die sie trugen, ihnen zu Wucherpreisen aufzwangen und mit dem Pensionspreis solche rechnerischen Kunststücke trieben, daß auch das fleißigste und ausdauerndste Mädchen in einer Art Schuldhafte blieb und nie nach seinem freien Willen das Haus verlassen konnte.

Die geheime Geschichte mancher dieser Häuser zu schreiben, wäre spannend und auch dokumentarisch wesentlich für die Kultur jener Zeit, denn sie bargen die sonderbarsten, den sonst so strengen Behörden selbstverständlich wohlbekannten Heimlichkeiten. Da waren Geheimtüren und eine besondere Treppe, durch die Mitglieder der allerhöchsten Gesellschaft – und wie man munkelte, selbst des Hofes Besuch machen konnten, ohne von den anderen Sterblichen gesehen zu werden. Da waren Spiegelzimmer und solche, die geheimen Zublick in nachbarliche Zimmer boten, in denen sich Paare ahnungslos vergnügten. Da waren die sonderbarsten Kostümverkleidungen, vom Nonnengewand bis zum Ballerinenkleid, in Laden und Truhen für besondere Fetischisten verschlossen. Und es war dieselbe Stadt, dieselbe Gesellschaft, dieselbe Moral, die sich entrüstete, wenn junge Mädchen Zweirad fuhren, die es als eine Schändung der Würde der Wissenschaft erklärten, wenn Freud in seiner ruhigen, klaren und durchdringenden Weise Wahrheiten feststellte, die sie nicht wahrhaben wollten. Dieselbe Welt, die so pathetisch die Reinheit der Frau verteidigte, duldete diesen grauenhaften Selbstverkauf, organisierte ihn und profitierte sogar daran.

Man lasse sich also nicht durch die sentimentalen Romane oder Novellen jener Epoche irreführen; es war für die Jugend eine schlimme Zeit, die jungen Mädchen luftdicht vom Leben abgeschlossen unter die Kontrolle der Familie gestellt, in ihrer freien körperlichen wie geistigen Entwicklung gehemmt, die jungen Männer wiederum zu Heimlichkeiten und Hinterhältigkeiten gedrängt von einer Moral, die im Grunde niemand glaubte und befolgte. Unbefangene, ehrliche Beziehungen, also gerade was der Jugend nach dem Gesetz der Natur hätte Beglückung und Beseligung bedeuten sollen, waren nur den allerwenigsten gegönnt. Und wer von jener Generation sich redlich seiner allerersten Begegnungen mit Frauen erinnern will, wird wenige Episoden finden, deren er wirklich mit ungetrübter Freude gedenken kann. Denn außer der gesellschaftlichen Bedrückung, die ständig zur Vorsicht und Verheimlichung zwang, überschattete damals noch ein anderes Element die Seele nach und selbst in den zärtlichsten Augenblicken: die Angst vor der Infektion. Auch hier war die Jugend von damals benachteiligt im Vergleich zu jener von heute, denn es darf nicht vergessen werden, daß vor vierzig Jahren die sexuellen Seuchen hundertfach mehr verbreitet waren als heute und vor allem hundertfach gefährlicher und schrecklicher sich auswirkten, weil die damalige Praxis ihnen klinisch noch nicht beizukommen wußte. Noch bestand keine wissenschaftliche Möglichkeit, sie wie heute derart rasch und radikal zu beseitigen, daß sie kaum mehr als eine Episode bilden. Während heutzutage an den Kliniken kleinerer und mittlerer Universitäten dank der Therapie Paul Ehrlichs oft Wochen vergehen, ohne daß der Ordinarius seinen Studenten einen frisch infizierten Fall von Syphilis zeigen kann, ergab damals die Statistik beim Militär und in den Großstädten, daß unter zehn jungen Leuten mindestens einer oder zwei schon Infektionen zum Opfer

gefallen waren. Unablässig wurde die Jugend damals an die Gefahr gemahnt; wenn man in Wien durch die Straßen ging, konnte man an jedem sechsten oder siebenten Haus die Tafel »Spezialarzt für Haut- und Geschlechtskrankheiten« lesen, und zu der Angst vor der Infektion kam noch das Grauen vor der widrigen und entwürdigenden Form der damaligen Kuren, von denen gleichfalls die Welt von heute nichts mehr weiß. Durch Wochen und Wochen wurde der ganze Körper eines mit Syphilis Infizierten mit Quecksilber eingerieben, was wiederum zur Folge hatte, daß die Zähne ausfielen und sonstige Gesundheitsschädigungen eintraten; das unglückliche Opfer eines schlimmen Zufalls fühlte sich also nicht nur seelisch, sondern auch physisch beschmutzt, und selbst nach einer solchen grauenhaften Kur konnte der Betroffene lebenslang nicht gewiß sein, ob nicht jeden Augenblick der tückische Virus aus seiner Verkapselung wieder erwachen könnte, vom Rückenmark aus die Glieder lähmend, hinter der Stirn das Gehirn erweichend. Kein Wunder darum, daß damals viele junge Leute sofort, wenn bei ihnen die Diagnose gestellt wurde, zum Revolver griffen, weil sie das Gefühl, sich selbst und ihren nächsten Verwandten als unheilbar verdächtig zu sein, unerträglich fanden. Dazu kamen noch die anderen Sorgen einer immer nur heimlich ausgeübten *vita sexualis*. Suche ich mich redlich zu erinnern, so weiß ich kaum einen Kameraden meiner Jugendjahre, der nicht einmal blaß und verstörten Blicks gekommen wäre, der eine, weil er erkrankt war oder eine Erkrankung befürchtete, der zweite, weil er unter einer Erpressung wegen einer Abtreibung stand, der dritte, weil ihm das Geld fehlte, ohne Wissen seiner Familie eine Kur durchzumachen, der vierte, weil er nicht wußte, wie die Alimente für ein von einer Kellnerin ihm zugeschobenes Kind zu bezahlen, der fünfte, weil ihm in einem Bordell die Brieftasche gestohlen worden war und er

nicht wagte, Anzeige zu machen. Viel dramatischer und andererseits unsauberer, viel spannungshafter und gleichzeitig bedrückender war also die Jugend in jener pseudomoralischen Zeit, als sie die Romane und Theaterstücke ihrer Hofdichter schildern. Wie in Schule und Haus war auch in der Sphäre des Eros der Jugend fast nie die Freiheit und das Glück gewährt, zu dem sie ihr Lebensalter bestimmte.

All dies mußte notwendig betont werden in einem ehrlichen Bilde der Zeit. Denn oft, wenn ich mich mit jüngeren Kameraden der Nachkriegsgeneration unterhalte, muß ich sie fast gewaltsam überzeugen, daß unsere Jugend im Vergleich mit der ihren keineswegs eine bevorzugte gewesen. Gewiß, wir haben mehr Freiheit im staatsbürgerlichen Sinne genossen als das heutige Geschlecht, das zum Militärdienst, zum Arbeitsdienst, in vielen Ländern zu einer Massenideologie genötigt und eigentlich in allem der Willkür stupider Weltpolitik ausgeliefert ist. Wir konnten ungestörter unserer Kunst, unseren geistigen Neigungen uns hingeben, die private Existenz individueller, persönlicher ausformen. Wir vermochten kosmopolitisch zu leben, die ganze Welt stand uns offen. Wir konnten reisen ohne Paß und Erlaubnis-schein, wohin es uns beliebte, niemand examinierte uns auf Gesinnung, auf Herkunft, Rasse und Religion. Wir hatten tatsächlich – ich leugne es keineswegs – unermeßlich mehr individuelle Freiheit und haben sie nicht nur geliebt, sondern auch genutzt. Aber wie Friedrich Hebbel einmal schön sagt: »Bald fehlt uns der Wein, bald fehlt uns der Becher.« Selten ist ein und derselben Generation beides gegeben; läßt die Sitte dem Menschen Freiheit, so zwingt ihn der Staat ein. Läßt ihm der Staat seine Freiheit, so versucht die Sitte ihn zu kneten. Wir haben besser und mehr die Welt erlebt, die Jugend von heute aber lebt mehr und erlebt bewußter ihre eigene Jugend. Sehe ich heute die

jungen Menschen aus ihren Schulen, aus ihren Colleges mit heller, erhobener Stirn, mit heiteren Gesichtern kommen, sehe ich sie beisammen, Burschen und Mädchen, in freier, unbekümmerter Kameradschaft, ohne falsche Scheu und Scham in Studium, Sport und Spiel, auf Skiern über den Schnee sausend, im Schwimmbad antikisch frei miteinander wetteifernd, im Auto zu zweit durch das Land sausend, in allen Formen gesunden, unbekümmer-ten Lebens ohne jede innere und äußere Belastung verschwistert, dann scheint mir jedesmal, als stünden nicht vierzig, sondern tausend Jahre zwischen ihnen und uns, die wir, um Liebe zu gewähren, Liebe zu empfangen, immer Schatten suchen mußten und Versteck. Redlich erfreuten Blicks werde ich gewahr, welch ungeheure Revolution der Sitte sich zugunsten der Jugend vollzogen hat, wieviel Freiheit in Liebe und Leben sie zurückgewonnen hat und wie sehr sie körperlich und seelisch an dieser neuen Freiheit gesundet ist; die Frauen scheinen mir schöner, seit ihnen erlaubt ist, ihre Formen frei zu zeigen, ihr Gang aufrechter, ihre Augen heller, ihr Gespräch unkünstlicher. Welch eine andere Sicherheit ist dieser neuen Jugend zu eigen, die niemandem sonst Rechenschaft geben muß über ihr Tun und Lassen als sich selbst und ihrer inneren Verantwortung, die der Kontrolle sich entzungen hat von Müttern und Vätern und Tanten und Lehrern und längst nichts mehr ahnt von all den Hemmungen, Verschüchterungen und Spannungen, mit denen man unsere Entwicklung belastet hat; die nichts mehr weiß von den Umwegen und Heimlichkeiten, mit denen wir uns als ein Verbotenes erschleichen mußten, was sie mit Recht als ihr Recht empfindet. Glücklich genießt sie ihr Lebensalter mit dem Elan, der Frische, der Leichtigkeit und der Unbekümmertheit, die diesem Alter gemäß ist. Aber das schönste Glück in diesem Glück erscheint mir, daß sie nicht lügen muß vor den andern, sondern ehrlich

sein darf zu sich selbst, ehrlich zu ihrem natürlichen Fühlen und Begehren. Mag sein, daß durch die Unbekümmertheit, mit der die jungen Menschen von heute durch das Leben gehen, ihnen etwas von jener Ehrfurcht vor den geistigen Dingen fehlt, die unsere Jugend beseelte. Mag sein, daß durch die Selbstverständlichkeit des leichten Nehmens und Gebens manches in der Liebe ihnen verlorengegangen ist, was uns besonders kostbar und reizvoll schien, manche geheimnisvolle Hemmung von Scheu und Scham, manche Zartheit in der Zärtlichkeit. Vielleicht sogar, daß sie gar nicht ahnen, wie gerade der Schauer des Verbotenen und Versagten den Genuß geheimnisvoll steigert. Aber all dies scheint mir gering gegenüber der einen und erlösenden Wandlung, daß die Jugend von heute frei ist von Angst und Gedrücktheit und voll genießt, was uns in jenen Jahren versagt war: das Gefühl der Unbefangenheit und Selbstsicherheit.